

# ESTUDIOS

REVISTA MENSUAL

AÑO I

Septiembre - Octubre de 1933

N.º 12

Esta Revista publica las Conferencias mensuales  
— del Centro de Estudios Religiosos —

## INDICE

	Págs.
FEDERICO OZANAM, por D. Carlos Silva Vildó- sola . . . . .	1
LA MUERTE DEL CIENTISMO, por D. Ricardo Cox Méndez . . . . .	15
LA AMPLITUD DE LA REDENCION, por el Pbro. D. Aníbal Carvajal . . . . .	27
EL INDICE DE LOS LIBROS PROHIBIDOS, por J. Obernhumer . . . . .	30
NOTICIAS RELIGIOSAS . . . . .	36



Suscripción anual \$ 18.— Número suelto \$ 1.60



Vertical text on the right edge of the page, likely a library or archival record, containing various numbers and dates.



Publicaciones del EDITORIAL ESTUDIOS

# El Alma de todo Apostolado

por D. J. B. CHAUTARD,  
Abad de Siete Fuentes de la Orden Cisterciense.  
Libro indispensable para todos los que quieren  
cooperar con eficiencia a la Acción Católica.

PRECIO: { en Santiago . . . . . \$ 4.00  
          { en Provincias . . . . . \$ 4.40



# El Fin de los Tiempos

Predicciones acerca del fin del mundo,  
ATRIBUIDAS A SAN MALAQUIAS

PRECIO: { en Santiago . . . . . \$ 1.60  
          { en Provincias . . . . . \$ 1.80



# SENSACIONALES REVELACIONES

Los Escritos póstumos de la Sierva de Dios, Madre María Rafols

PRECIO: { en Santiago . . . . . \$ 1.00  
          { en Provincias . . . . . \$ 1.10

Pídalo a su librero o directamente a

**EDITORIAL ESTUDIOS**

Ahumada 360 — SANTIAGO — Casilla 2081



# Federico Ozanam y sus obras

Conferencia dictada en el Teatro Miraflores bajo los auspicios del Centro de Estudios Religiosos,  
por Don Carlos Silva Vildósola.

Se ponía ya el sol de Austerlitz cuando nació en Milán, el 23 de abril de 1813, Federico Ozanam. Nació ciudadano francés, de vieja estirpe francesa, en ciudad que entonces formaba parte del Imperio francés bajo las águilas napoleónicas que su padre había seguido desde la juventud.

Los Ozanam eran familia antigua, con historia y leyenda. Castellanos de Dombes, antiguo principado entre el Ródano y el Saona, se habían aliado con los La Condamine, cuyo último vástago murió peleando por su Rey en 1792. Leyenda o historia, contaban que el primero de este nombre era un judío llamado Samuel Hozanam, que allá por el siglo VII amparó en su casa al arzobispo San Didier, perseguido por la reina Brunehaut y se convirtió al cristianismo bajo el influjo del santo Prelado, a quien vió partir para el martirio.

El padre de Ozanam era una personalidad interesante y difícil de retratar. Inquieto, impulsivo, generoso hasta el sacrificio, se enroló en los ejércitos del General Bonaparte, a los veinte años de edad; hizo la campaña de Italia. La más brillante de las aventuras europeas de Napoleón lo vió en el puente de Arcola, bello como un dios helénico, conoció las emociones de la victoria de Rívoli, estuvo en Lodi y Castiglione. Un día capturó solo al príncipe della Cattolica; otro cogió un estandarte enemigo que presentó él mismo a Bonaparte.

Juan Antonio Francisco Ozanam era

hombre de atrevidas empresas. Durante el Terror vino a saber que sus padres habían sido llevados a una prisión por orden del tribunal revolucionario y estaban en una de esas prisiones que eran antecámara de la guillotina. Invitó a dos de sus compañeros de húsares, corrieron al pueblo a toda la fuerza de sus caballos, entraron pistola en mano en la sala del Tribunal, y Ozanam impuso a los aterrados verdugos que firmaran un salvo-conducto, sacó a sus padres de la prisión y huyó sin que nadie acertara a detenerlo.

La madre de Ozanam, María Nantes, había visto tragedias en los días del Terror. La familia emigró a Suiza. Vivieron una vida pobrísima y María no olvidó jamás la pequeña y humilde capilla donde hizo en Suiza su primera comunión, una de esas miserables capillas que el calvinismo había helado para siempre y que todavía son compartidas por católicos y protestantes.

Cuando se proclamó el Imperio, Juan Antonio Ozanam, oficial brillante, joven alegre, dejó el servicio y se fué a Lyon para casarse. Consagrado a los negocios prosperaba; pero una fianza a un pariente, mantenida, más que por obligación legal, por un rasgo quijotesco de los que tantos habría en su vida, lo dejaron en la pobreza. Sus amigos mencionaron su nombre al Emperador Napoleón que nunca olvidaba a su valiente. Le ofrecieron los despachos de capitán, pero él rehusó. No era partidario del Imperio y no quería



hacer transacciones con sus doctrinas. Este amor a la libertad había de manifestarse más tarde en su hijo.

Prefirió el padre de Ozanam llevarse su familia a Milán, donde había vivido durante la campaña y allí, dando lecciones para ganarse la vida, siguió en la Universidad de Pavia los estudios de Medicina, obtuvo su diploma con distinción y comenzó a ejercer su profesión. Hombres de ciencia como Locatelli y Scarpa reconocieron el extraordinario talento del Dr. Ozanam y le probaron su estimación, recomendándolo en la ciudad.

Tuvo el Dr. Ozanam 14 hijos de los cuales sobrevivieron sólo tres. Y escribía más tarde Federico: "Cuántas veces estos tres sobrevivientes hemos contado en las aflicciones y en los peligros con estos hermanos y hermanas que estaban entre los ángeles. Esos son también de la familia, se acuerdan de nosotros, ya por medio de luces, ya por medio de socorros inesperados. ¡Felices las casas que tienen así la mitad de los suyos allá arriba para formar la cadena y tender la mano a los de acá abajo!"

En la primera educación de Federico Ozanam intervinieron su madre y una hermana, Elisa, a la que recordó idealizada, muerta cuando él tenía apenas siete años. Era un niño difícil, nervioso, agitado, irritable, con una sensibilidad enfermiza y prematura. Su hermano mayor, que se hizo clérigo, el abate Alfonso Ozanam, y escribió su biografía, dice que era "un muchacho tierno con los pequeños, compasivo con todo sufrimiento, de angelical pureza, que se asustaba de cualquiera cosa, de una impecable sinceridad, intolerante con el mal, entusiasta para el bien".

Tenía Federico dos años cuando al volver Milán a poder del Austria, el patriotismo de su padre llevó la familia a Lyon. Perdía el doctor una posición excelente. Entre los hombres de ciencia sus memorias sobre cuestiones médicas, sus trabajos históricos sobre la campaña del Príncipe Eugenio de Beauharnais en Italia. sus cinco volúmenes sobre la historia de

las epidemias europeas desde el siglo XIV, lo revelan un sabio investigador.

Federico, como muchos de los niños nacidos en medio de las zozobras de aquellas guerras y la incertidumbre continua de la vida en los últimos años desastrosos del Imperio, era raquítico. Hubo que luchar para arrancarlo a la muerte que lo rondaba como si quisiera hacerle correr la suerte de sus once hermanos.

Fuera de sus triunfos escolares en Lyon, donde asistía a los cursos del Colegio Real, la primera luz que tenemos sobre su vida espiritual es la duda religiosa que lo asaltó a los 15 años. En una carta escrita en 1830, Ozanam ha resumido el carácter y alcance de esta duda: A fuerza de oír hablar de incrédulos y de incredulidad, me pregunté por qué creía yo. Dudaba y, sin embargo, quería creer. Rechazaba la duda. Leía todos los libros en que se demostraba la religión y ninguno me satisfacía del todo. Durante uno o dos meses creía bajo la autoridad de tal o cual razonamiento; se presentaba a mi espíritu una objeción y volvía a dudar. ¡Oh, cuánto sufría!; porque yo quería ser religioso... Mi fé no era sólida, y con todo yo prefería creer sin razones antes que dudar; esto me torturaba demasiado. Comencé los estudios de filosofía. La tesis de la certeza me desconcertó. Creí por un instante que iba a dudar de mi propia existencia".

Este escepticismo invasor, esta duda universal, estaban en el aire de aquella época. La revolución había sembrado una mortal negación de todo lo espiritual y eterno. Las guerras napoleónicas habían dejado en las almas un gran cansancio, un desencanto absoluto. La juventud sólo buscaba placeres materiales para olvidar tanta muerte, tanto dolor, tanta gloria fugitiva y fanfarras guerreras que habían costado tanta sangre. La restauración borbónica, sombría, torpe; con más fórmulas monárquicas que sentimiento dinástico para unir al pueblo con el trono, con más ritos y ceremonias que espíritu religioso, no hacía sino ahondar este abis-



mo de obscuridad. Ozanam era un hijo de su siglo, sólo que tenía un temperamento delicado, un alma naturalmente inclinada a la piedad y a la fé, y creía en un hogar cristiano.

Lo salvó de su angustia intelectual un clérigo, profesor de filosofía ilustre a quien Víctor Cousin consagró elogios calurosos, el abate Noirot. Con él tuvo sus confidencias Ozanam en medio de su tempestad moral de los 15 años. Noirot no sólo amaba a su joven discípulo, y lo dirigía, y le contestaba sus objeciones, y lo asistía en sus estudios que Ozanam proseguía con encarnizamiento, sino que, además, lo admiraba ya como un talento superior y un espíritu selecto.

Obligado por sus padres a estudiar Derecho, pues el Dr. Ozanam soñaba para su hijo carrera judicial, Federico tuvo que ingresar al estudio de un abogado. No era su vocación. Su imaginación poética y su preocupación filosófica se iban tras de las emociones de la naturaleza y problemas de metafísica, de ética y de religión. El célebre santuario de Nuestra Señora de Fourvieres en Lyon, uno de los más antiguos de Francia, fué para Ozanam la colina inspirada donde acaso nacieron sus esfuerzos posteriores para demostrar la verdad del cristianismo por la historia de todas las religiones.

Ya entonces era apóstol. Sus amigos de los 17 años dan testimonio en publicaciones hechas después de la muerte de Ozanam, de que su conversación era edificante, los conducía a pensamientos elevados y los incitaba al bien. Y se puede medir la potencia del alma de Ozanam con las declaraciones de algunos de esos amigos que cuentan la confianza que les inspiraba y como solían abrirle sus almas para recibir sus consejos.

La vida pública de Ozanam comienza en 1830 cuando tenía 17 años. Ha estallado la revolución que derribó a los Borbones. Resurge el movimiento anticristiano, mal contenido por la monarquía débil e ignorante, mal combatido por los católicos desorganizados. Las doctrinas de Saint

Simon hacen estragos. El nuevo discípulo de Rousseau, hoy tan perfectamente olvidado, quiere fundar la sociedad sobre ideales anticristianos profesados por él con un fervor casi místico, en disertaciones brumosas y seductoras que apelan al sentimiento de piedad con los que trabajan y se ganan penosamente el pan. Vestidos de trajes carnalescos, los primeros sansimonianos llegan a Lyon, a su cabeza va el más ilustre de todos, Pierre Leroux. La ciudad se agita. Hay asambleas, desfiles, celebración de la edad de oro que llega con estas doctrinas.

Ozanam está ya orientado hacia los estudios históricos y tiene bien precisa en su mente la idea de que la historia defenderá al cristianismo. Envía al periódico sansimoniano un artículo atrevido, bien argumentado, con una disertación histórico-filosófica. Los adversarios se callan y el joven apóstol se envalentona y publica otros.

El nombre de Ozanam ha salido de la obscuridad. M. de Lamartine, entonces en la cumbre de su gloria literaria, le escribe una carta entusiasta de aprobación. El periódico de Lamennais, que todavía no ha saltado las vallas eclesiásticas, da cuenta de los artículos de Ozanam con elogio. Y hasta M. de Chateaubriand, que se siente la primera figura del siglo, desciende del Olimpo y escribe a Lamartine que el trabajo de Ozanam revela un excelente espíritu y el final le ha conmovido, pero que no valía la pena de gastar tanto tiempo y talento en combatir el sansimonismo. "Hemos reconocido a Saint Simon, le dice; era un loco, para no decir otra cosa".

No lo deslumbran los elogios de dos de los más grandes genios de la época. Sabe que está apenas en la introducción de una obra que debe durar una vida. Ha oído sus voces. En una carta asombrosa para un colegial de 17 años, Ozanam expone a los amigos que ya habían partido para estudiar en París, todo el programa de esa vida. Quiere mantenerse lejos de la política, lejos de esa charada en acción



que ve jugar en torno suyo, estudiar los fenómenos sociales y prepararse para el futuro porque vendrá un día en que para salvar a la sociedad de las tempestades que se ven venir, será menester que haya hombres formados en el silencio para reconstruir cuando haya pasado la hora de transición. Será entonces necesario fundar la sociedad nuevamente sobre la religión dando a ésta una ancha base histórica. Hay que buscar esos cimientos en las tradiciones primitivas y en los libros sagrados de todas las religiones. Se deben estudiar las lenguas orientales, hebreo, sanscrito, egipcio, "una docena de lenguas" decía en su juvenil ambición. Luego será preciso el conocimiento de la geología y la astronomía, para discutir los sistemas cosmogónicos. Se vé ya "escarbando en todas las tumbas, exhumando todos los mitos, explorando todas las tradiciones de todas las edades, desde los salvajes de Cook a los indios de Wishnow y los escandinavos de Odin". Y agrega que esta idea de la demostración de la verdad religiosa por la historia y las ciencias auxiliares de ella lo trabaja desde hacen dos años. "Cuando una voz, dice, nos grita sin cesar: "Has esto; yo lo quiero", ¿es posible decirle que se calle?"

Es la vocación tan firme, tan clara, tan precisa, que toda la vida de Ozanam no será en adelante sino la lucha para realizar ese enorme ideal dentro de una existencia que sería breve y con fuerzas espirituales muy grandes a que el cuerpo débil no correspondía. El abate Noirot aprueba el plan. El hermano de Ozanam, que se ha ordenado sacerdote teme que sea todo aquello demasiado atrevido.

Las modificaciones que después introduciría en su programa de los 17 años, son accidentales. Queda siempre fija la idea de la demostración y glorificación del cristianismo por la historia; sólo que en vez de buscar los argumentos en los pueblos del Oriente, los hallará en los bárbaros del norte de Europa sometidos al Evangelio.

En ese ánimo llega Ozanam a París pa-

ra ingresar a los cursos de Derecho de la Sorbona dócil a la autoridad paterna, pero prosiguiendo en el secreto de su alma su propósito de ahondar estudios de historia, de letras, de humanismo.

La primera pensión en que cae el estudiante lionés lo disgusta y entristece. Sus compañeros hacen vida licenciosa, frívola. Están en el comienzo del período romántico y la bohemia desordenada; sólo halla poesía en las aventuras de los cafés y bailes del barrio latino. Hay una especie de competencia por lucir los vicios. Estos aparecen glorificados y embellecidos en las obras poéticas de los autores más en boga.

Entonces encuentra Ozanam el padre que le hacía falta en París, el amigo providencial, el guía, el maestro. M. Perisse, editor de sus ensayos publicados en Lyon, le envía una carta para un primo suyo que es el más grande sabio de su tiempo, un investigador cuyo nombre no se puede pronunciar sin respeto y admiración: Andrés María Ampere. Desde la primera visita, Ozanam abre su alma al sabio que tiene entonces 55 años de edad y ha hecho su evolución completa hacia las creencias cristianas que habían de iluminar toda su ilustre vida. Ampere lo entiende y lo invita a vivir en su casa, le ruega que lo acompañe, está solo, su hijo Jean Jacques, estudia en Alemania.

Ahí comienza la vida nueva de Ozanam estudiante de la Sorbona. La sombra de Ampere realiza para él su sueño juvenil. Está amparado por la ciencia que demuestra la religión. Con temblor místico oye a Ampere que exclama después de uno de sus grandes descubrimientos: "¡Qué grande es Dios, Ozanam, qué grande es Dios!" Y lo vé en la iglesia parroquial postrado ante el tabernáculo, sumergido en profunda oración antes de ir a encerrarse en el laboratorio de donde debía salir casi toda la física moderna.

París lo tortura. "Su frialdad me hiela, dice en una carta, su corrupción me mata; es la Babilonia donde cautivo lloro el recuerdo de Sion; y Sion es mi ciudad na-



tal; con los que allí dejé, con su bondad y sencillez provincianas, y la caridad de sus habitantes y sus altares en pie y sus creencias respetadas". El alma del muchacho se conserva casta y tierna a pesar del ambiente. La sociedad de Ampere será su refugio seguro.

Pero el gran sabio le abre además las puertas de los salones intelectuales, la Biblioteca Mazarino, los recursos de investigación del Instituto de Francia donde Ampere es soberano.

Un día lleva a M. de Chateaubriand una carta de presentación. El autor del Genio del Cristianismo lo recibe con benevolencia y llega hasta el extremo, raro en él, de mostrarle interés casi paternal. En la conversación le pregunta si ha ido al teatro. Ozanam se turba; siempre ha temido confesar que no va porque su madre le ha pedido que no vaya. Con un esfuerzo, dice a Chateaubriand la verdad, y el grande hombre lo mira fijamente en los ojos, y le dice: "Siga el consejo de su madre. Nada ganaría Ud. en el teatro, y en cambio podría perder mucho". Y en adelante, Ozanam no tendrá que mentir cuando le pregunten por qué no va al teatro; dirá que M. de Chateaubriand le ha dicho que no es bueno ir al teatro.

La amistad del escritor Ballanche, que formaba parte del grupo de católicos que con Lamennais y otros comenzaban entonces un movimiento de acción intelectual, en demanda de la armonía de la ciencia y la fe, lo lleva a casa de Montalembert. Ozanam queda deslumbrado por la cortesía, la afabilidad y la gracia del autor de la Vida de Santa Isabel de Hungría. Se siente confortado en su fé religiosa y en su fé científica porque Montalembert y sus amigos andan por el mismo camino soñado por él, aunque no en forma tan integral como el joven lionés lo deseara. Allí conoce a Alfred de Vigny, a Víctor Hugo, a Saint Beuve que, como dice un biógrafo de Ozanam, explora con curiosidad el mundo católico, al polaco Micklevicz, el gran poeta amigo de nuestro don Ignacio Domeyko y gran lucha-

dor de las libertades políticas y religiosas de su patria.

La iniciación en París ha terminado. Estudiante de la Sorbona, Ozanam se siente ya un ciudadano de la patria de la inteligencia que es París y puede oír a sus mayores genios y recibir de ellos los ecos estrepitosos de las luchas de ideas.

París y toda la Francia y casi toda la Europa son en los años de la iniciación de Ozanam—1831-32—un inmenso hervidero de todos los elementos intelectuales, religiosos, políticos y literarios que han removido las revoluciones desde el fin del siglo XVIII.

Ozanam halla dos filosofías alzadas la una contra la otra: la cristiana y tradicionalista frente a la revolucionaria y racionalista. El estudiante mira en Chateaubriand, Eckstein, Lamennais, que todavía permanece fiel a la Iglesia, de Bonald y sus amigos, la esperanza de que por medio de la tradición se llegue a deducir la verdad triunfal del cristianismo.

Era en esos años un joven sin belleza física, pero atrayente por su sencillez y su bondad, con una inteligencia clarísima y un acento de sinceridad calurosa en cuanto decía o escribía. Los que lo conocieron dicen que tenía un aire de reserva y parecía de ordinario ausente en meditaciones. Pero no era triste ni rehusaba la compañía de gentes de buen humor. Varias veces insiste en sus cartas que le repugna la melancolía ficticia que los románticos han puesto de moda. Los hombres de melena, corbatín alto y ademanes trágicos y solemnes no le agradan. "Amigo mío, dice a Falconnet en una carta, no hagamos demasiado ensueño y literatura. Saquemos nuestros estudios del campo de la teoría hueca y de la especulación y traduzcamos nuestras creencias en los actos de nuestra vida entera". Ozanam quiere acción, movimiento; no se conforma con la elaboración de doctrinas filosóficas y argumentos.

Se incorpora a la Congregación de la Santísima Virgen, que llegó a tener bajo



el Segundo Imperio tanta eficacia y fué tan perseguida. Forma parte de la Sociedad de Buenos Estudios que dirige con algunos jóvenes el publicista Bailly, profesor de filosofía. Ahí tienen una biblioteca, periódicos, sala de lectura, conferencias y los buenos consejos de M. Maïly que habían de ser tan interesantes en las futuras orientaciones de Ozanam.

En 1831 una epidemia de cólera, una de pestes horribles comparables sólo a las de la Edad Media, azota a la Europa. Ozanam y algunos de sus compañeros se deciden a visitar a los compañeros enfermos les procuran asistencia médica en los tiempos en que todo es confusión y se ignoran todavía los medios de defensa contra el cólera.

Sufre mucho en los cursos de la Sorbona donde Jouffroy, el filósofo deja caer sobre las jóvenes inteligencias el hielo de su racionalismo, donde Letronne el geógrafo, hoy tan bien olvidado, es una autoridad indiscutida y quiere demoler la cosmogonía cristiana. Estos profesores están enterrando al cristianismo, preparan sus funerales, hablan del ocaso del Cristo a quien se refieren como a un ilustre genio cuya época ha pasado. Son iguales a los que ahora mismo, cien años después, cuando todos aquellos están sepultados en el olvido más absoluto y tan pocos conocen sus nombres y nadie sus libros siguen en la misma tarea de pregonar el fin definitivo del cristianismo que, por su parte, sigue creciendo y tiene ahora un número muchísimo mayor de adeptos y continúa su penetración de las inteligencias y los corazones.

Ozanam y sus amigos, que no son muchos, pero son valientes y estudiosos, resisten la enseñanza de esos maestros de la Sorbona. Un día los estudiantes católicos dirigen a M. Jouffroy, sin duda un espíritu muy fino e inteligencia poderosa, una protesta enérgica con la refutación de sus doctrinas contra la revelación. Jouffroy, que había rehusado tomar en cuenta las cartas individuales que algu-

nos le habían escrito antes, resolvió en la cátedra la protesta de los quince jóvenes católicos, declaró que no era su intención atacar al catolicismo y les prometió que en adelante no heriría sus creencias. Era la primera vez que se levantaba una voz en defensa de las ideas cristianas.

Todo esto va encendiendo el alma de Ozanam el anhelo de provocar una vasta defensa del cristianismo en una cátedra muy alta, abierta a todos, servida por una inteligencia de primer orden, con ciencia y con fe. Decide entonces pedir al Arzobispo de París, Monseñor de Quelen, que ordene conferencias públicas en la Catedral de Notre Dame. La petición está firmada por un grupo de estudiantes y algunos hombres de letras, profesores, publicistas. El Arzobispo, hombre bondadoso, pero irresoluto, mala condición para un Pastor en tiempos tormentosos, acoge débilmente la solicitud en general, pero no se resuelve a aceptar el candidato que los jóvenes le indican y que se llama el abate Lacordaire. Los estudiantes lo han oído en sus conferencias del Colegio Stanislas y han vibrado hondamente con la originalidad de su pensamiento, la adaptación admirable de sus discursos a las necesidades de la época y la elegancia suprema de la forma oratoria del futuro farile dominico Les ofrece a Monseñor Frayssinous.

Hay un incidente doloroso en la entrevista de los jóvenes peticionarios con el Arzobispo vacilante. En el curso de ella entró en la sala el abate Lamennais, que volvía de Roma con el alma ya envenenada por el orgullo enorme que debía conducirle a la apostasía. Monseñor de Quelen sólo se resolvió cuando alguna indiscreción llevó a la prensa la noticia de la gestión de los jóvenes, y entonces cometió el error de designar a siete sacerdotes, entre ellos Dupanloup, para dar las conferencias en Notre Dame. El ensayo no tuvo éxito. Los jóvenes continuaron acudiendo al Colegio Stanislas y estrecharon sus filas en torno de Lacordaire con la intuición de que ese era el hombre sus-



citado por Dios para hacer la gran campaña apologética que hacía falta.

La incomprensión lamentable que las autoridades eclesiásticas desorientadas tenían en ese momento acerca de los problemas del día, se prueba con el hecho de que Lacordaire recibió orden de interrumpir sus conferencias del Colegio Stanislas. El Gobierno lo consideraba un peligro porque era, decían, "un republicano fanático que arrastraba a la juventud", y el Arzobispo recibió quejas de católicos para los cuales el ilustre orador predicaba "novedades peligrosas".

Los jóvenes estudiantes con Ozanam como guía e inspirador, no se desalientan, continúan su lucha dentro de la Sorbona y fuera de ella; hacen una colecta pública para ayudar a la fundación de la Universidad Católica de Lovaina; protestan en la prensa contra los atentados de que esa institución es víctima por parte de los alumnos de la Universidad oficial de la misma Lovaina.

Y cuando en 1835 Lacordaire sube, por fin, a la cátedra de Notre Dame e inicia allí esa memorable serie de conferencias que hicieron una revolución espiritual en Francia y en el mundo y de las cuales queda aun hoy el eco en los conferencias que cada año ocupan ese mismo púlpito el más ilustre del mundo, se ha podido decir que la institución de las conferencias cuaresmales de Notre Dame es la obra de Federico Ozanam y unos cuantos otros muchachos de veinte años contra la opinión de todos los grandes de la tierra.

Es prodigiosa la actividad intelectual de Ozanam en esos años de estudiante. Nunca el concepto moderno de lo que llamamos la Acción Católica se ha visto desarrollado en forma más exacta y más brillante. Ozanam es apóstol y crea apóstoles, y aspira a realizar el propósito gigantesco que ha concebido en sus años de colegial en Lyon: quiere demostrar el cristianismo por la historia. Sobre los despojos de la sociedad de Buenos Estudios, M. Bailly había organizado una conferen-

cia de Historia que reunía a numerosos estudiantes y profesores para presentar trabajos sobre cuestiones históricas y discutir los puntos controvertibles. De ahí han salido los firmantes de las peticiones al Arzobispo de París firmadas la primera por cien jóvenes y la segunda por más de doscientos. Ozanam habla en la Sociedad de Historia de poesía, de la acción del clero y de los laicos (nótese que el apostolado de los seglares es una idea que se aclara y precisa cada día más en su espíritu); otros disertan sobre el mahometismo, las órdenes religiosas, las creencias antiguas, los orígenes de la riqueza, el estado de la religión y de la filosofía. No están todos de acuerdo, pero los une un común anhelo de hallar la verdad. Discuten, pero no riñen. Es una academia que, bajo un nombre modesto, permite el desahogo de toda la inquietud intelectual de la época.

Pero Ozanam no está satisfecho. En la Conferencia de Historia se oyen ataques contra el cristianismo; los enterradores de la religión de Cristo tienen allí representantes que anuncian con melancolía romántica el fin evidente de la doctrina de Jesús. Argumentan con razones filosóficas en que el sansimonismo, destruido en sus aplicaciones prácticas, se refugia en la ideología y comienza una evolución hacia el positivismo de Augusto Comte, profesor de la Escuela Politécnica, que ya andaba en busca de una nueva religión para reemplazar al cristianismo. Pero especialmente se atrincheran los adversarios de Ozanam en el hecho de que el cristianismo ha perdido todo influjo sobre las masas populares y carece de eficacia práctica. El catolicismo, dicen, es ahora incapaz de hacer el bien de la humanidad.

Son horas de confusión dentro de la Iglesia y fuera de ella. El problema político se mezcla en forma deplorable con el religioso. El único periódico católico de entonces en París, la antigua hoja realista "El Amigo de la Religión", mira con desconfianza a estos jóvenes estudiantes



que emprenden la apología de la religión con tanta independencia, y aunque no pueden sorprenderlos en ningún error, les duele que no estén abrazados al cadáver de una monarquía que se ha podrido sobre el trono de Francia, les duele que defienda a la Iglesia y nada digan del régimen político. M. Bailly ha comenzado a publicar un nuevo periódico, "La Tribuna", que en su programa anuncia "La defensa de la Iglesia por encima de las opiniones políticas variables y pasajeras, busca la alianza de la ciencia y la fé, repudia el galicanismo y el absolutismo, se niega a polémicas amargas y procedimientos agresivos". En "La Tribuna" colabora Ozanam.

Entonces concibió Ozanam una nueva orientación que los hechos posteriores han revelado como inspirada por Dios. Oigámosle en una de sus cartas. Nadie puede explicar mejor la alborada de este espléndido día de la caridad cristiana que el mismo instrumento de la Providencia para realizarla. "Algunas veces, ha escrito Ozanam, cuando el aire era más puro y la brisa más dulce, a los rayos de la luna que resbalaban por encima de la cúpula majestuosa del Panteón, el policial ha podido ver con ojos recelosos a seis u ocho jóvenes tomados del brazo que se paseaban largas horas en la plaza solitaria. Su frente estaba serena, su andar era tranquilo, sus palabras llenas de entusiasmo, de sensibilidad y de consuelos; decían cosas del cielo y de la tierra; se contaban sus generosos pensamientos; hablaban de Dios y luego de sus padres; después también de sus amigos que habían quedado en el hogar doméstico, y de su patria y de la humanidad. El parisiense estúpido que los codeaba corriendo hacia los placeres no comprendía su lenguaje. Era una lengua muerta que pocas gentes conocen aquí. Pero yo los comprendía, porque estaba con ellos y oyéndolos pensaba y hablaba como ellos y sentía ensancharse mi corazón. Me parecía llegar a ser un hombre y de ellos extraía yo, tan débil y pu-

silánime, algunos instantes de energía para el día siguiente".

Entre esos jóvenes que paseaban por la plaza del Panteón, se discutía la manera de probar a los adversarios del cristianismo que éste seguía teniendo su misma fuerza vivificadora sobre las masas populares. Reconocían que su Conferencia de Historia andaba por una región ideológica y que se necesitaba acción. Un día Ozanam sugirió la idea de una Conferencia para hacer la caridad y cumplir el primero de los deberes del cristiano. "¡Vamos a los pobres!", fué el grito del alma de Ozanam que sigue repercutiendo en tantos corazones.

Ozanam había visto a su padre y su madre visitar pobres en Lyon. El mismo había comenzado con el ejemplo la labor de caridad y un día llevó a casa de un pobre en compañía de uno de sus amigos unos palos de leña de los pocos que los estudiantes tenían para su chimenea en un invierno crudísimo. "Esa leña, ha dicho un biógrafo de Ozanam, que encendería un incendio en el mundo".

Consultado M. Bailly sobre el proyecto, lo aprobó. No así el cura de San Esteban del Monte, futuro Obispo, que aconsejó a los jóvenes, desconfiando de su preparación para obra tan nueva y delicada, que más bien se dedicaran a enseñar catecismo a los niños. Pero la idea estaba en marcha y una mujer la consagró, porque sin la inteligencia del corazón de una mujer nada grande puede emprenderse. Fueron los muchachos a la Hermana Rosalía, religiosa de San Vicente de Paul en un hospital vecino, y ella acogió con ardor y con fé la resolución, les dió los primeros bonos para llevar socorros de alimentos y combustible a los pobres, les indicó las familias que en aquel barrio podían visitar, los estimuló porque los entendía y porque en su alma ardía la caridad con el mismo fuego intenso y puro que en las de Federico Ozanam y sus amigos.



Las Conferencias de San Vicente de Paul nacieron así con todos los caracteres de las obras que Dios inspira y bendice. Podemos decirlo al cabo de cien años. Nacieron humildes, obra de instrumentos de la gracia medio inconscientes de la magnitud de la misión, dóciles a la voluntad suprema que hablaba en sus conciencias de católicos, fuera de toda vanidad, en forma pequeñita y casi oculta a las miradas del mundo, sin recursos humanos, en obediencia al precepto evangélico y por amor a Jesucristo en sus pobres.

Fué elegido primer presidente M. Bailly, pero todos los compañeros de Ozanam se apresuraron, ante las protestas que más tarde hacía este probar que las Conferencias habían sido fundadas por varios y que ningún mérito especial tenía él, a dar testimonio escrito y solemne de que Ozanam fué quien tuvo la primera idea, quién la realizó con celo infatigable, quién dió los rumbos y durante su corta vida, tan llena de obras buenas y de iniciativas gloriosas, cuidó de su desarrollo, mantuvo su espíritu y le dió algo de su propio ser.

No eran ricos ni eran aristócratas los jóvenes compañeros que el primer día se reunieron en la primera Conferencia de San Vicente de Paul. Eran unos cuantos muchachos de veinte años, sólo uno de ellos tenía más de veinte; vivían con estrechez con las pensiones modestísimas enviadas por sus familias, casi todas provincianas. Al fin de la sesión pasaron en torno un sombrero y cada uno echó lo que podía dar de su pobre peculio de estudiante. La primera colecta secreta quedaba hecha tal como se hace hoy en las Conferencias esparcidas por todo el mundo. Y como era el óbolo santo del corazón, Dios la bendijo, la multiplicó como los panes del Evangelio, y esos cuantos francos se convirtieron poco a poco en sumas enormes y en 1932 las Conferencias habían distribuído en el mundo más de 300 millones.

En los años que siguen, el alma de Ozanam recibió satisfacciones dulcísimas con el espectáculo del crecimiento de las Conferencias de San Vicente de Paul, que se extendían por toda Francia, salían del país de origen e invadían los vecinos para llegar a ser más tarde lo que el historiador Luis Madelin acaba de llamar la Internacional de la caridad cristiana. Saint Beuve, de ordinario escéptico y para quien el catolicismo fué siempre mucho más un objeto de simpatía literaria que de adhesión intelectual, escribía en sus lunas sobre las Conferencias: "Cualquiera que sea la forma bajo la cual haya de reconstituírse, como lo esperamos, el espíritu religioso y cristiano en la sociedad, esta fé, esta modestia, esta avanzada virtud de algunos corazones jóvenes ayudarán poderosamente a que se acerque el día de la efusión". No nombraba a Ozanam, a quien, por otra parte, había manifestado su admiración, pero era bien transparente que a él se refería.

Al mismo tiempo se entabló una lucha en el espíritu de Ozanam. Mientras sus padres lo querían abogado, él sentía más y más fuerte su vocación literaria, y más aún su vocación de apóstol de los pobres. Amaba a los menesterosos porque eran figura de Jesucristo, porque Jesucristo había mandado que a ellos se les honrara y se les diera socorro material y amor espiritual como si fuera a él mismo. "Somos como el samaritano del Evangelio, escribía Ozanam. Hemos visto a la sociedad fuera de su camino, despojada y herida por los ladrones de la inteligencia. Y el sacerdote y el levita que pasaban junto a ella no han seguido su camino; se le han acercado con amor, pero ella los ha rechazado en su delirio y les ha tenido miedo. Nosotros, pues, a quienes no conoce, quisiéramos acercarnos a nuestro turno, inclinarnos sobre sus heridas, derramar sobre ellas, si podemos, el aceite y el bálsamo; quisiéramos alzarla del fango y conducirla tranquila y aliviada a los bra-



zos de la Iglesia, esta divina posadera que le dará la paz y le mostrará el camino para que termine su peregrinación hacia la inmortalidad”.

El viaje a Italia emprendido en 1833 con sus padres acabó de despertar en su alma el ansia de seguir su plan literario e histórico. Al ver el célebre fresco de Rafael sobre la *Disputa del Sacramento*, Ozanam observó que entre los doctores de la Iglesia el pintor había incluido al Dante. Ahí nació su propósito de estudiar la Divina Comedia y exponer la filosofía de su autor, filosofía cristiana que demostraría según su plan primitivo la verdad de la religión.

Jean Jacques Ampere, el hijo del sabio, llegó a ser su amigo íntimo, y entusiasta él mismo por los estudios literarios, convencido del talento de Ozanam, le aconsejó que se consagrara al estudio de las literaturas comparadas. Ozanam no defraudó a sus padres, siguió con alguna repugnancia, pero con laboriosidad y profunda aplicación, sus estudios de Derecho. Obtuvo la licenciatura en 1834 y al año siguiente el doctorado. Pero, al mismo tiempo, se preparó para las letras y el mismo año 35 era licenciado en esta facultad, y un año después recibía el doctorado en Letras, que era su ambición íntima.

Entre tanto, publicaba su notabilísimo paralelo entre Thomas Becket y el Canciller Bacon, estudio admirable de un gran santo y un grande hombre, alegoría de la religión y del racionalismo.

Su regreso a Lyon fué precipitado por la muerte de su padre. El Dr. Ozanam había caído al bajar la escalera del séptimo piso en que vivía una familia indigente, sus protegidos, y había muerto de las consecuencias del golpe. No quedaba herencia. El Dr. Ozanam cobraba sus trabajos profesionales según la fortuna de los clientes y como la mayor parte de ellos eran pobres, la profesión le resultaba apenas un medio de mantener su hogar con mediana decencia.

Con su título de abogado, Ozanam es-

peraba la creación de una cátedra de Derecho Comercial en Lyon, prometida por las autoridades universitarias y ejercía en tanto su profesión. No dejaba de escribir. Publicaba sus trabajos sobre los Bienes del Clero, sobre los Orígenes del Derecho Francés, nerviosa respuesta a algunas afirmaciones de Michelet, y todavía hallaba tiempo para colaborar en los Anales de la Propagación de la Fe. Su pluma sólo se movía inspirada por su deseo de glorificar el cristianismo, de probar su fé por la historia, de defender a la Iglesia.

Su estudio sobre “La Divina Comedia y la filosofía del Dante” causó en la Sorbona una sensación. Publicado el libro, fué el punto de partida de una interpretación absolutamente nueva del célebre poema. Hasta entonces la Divina Comedia, como lo es todavía para muchas gentes, era un libro del cual se pueden citar algunos versos muy bellos y unos cuantos pasajes de amor y de tragedia. Ozanam enseñaba a la Francia erudita y literaria que había en la obra del Dante un sistema de ideas, una huella del pensamiento elevadísimo del gran poeta, sistema de rigurosa ortodoxia, que en el Infierno muestra el horror de las pasiones humanas, en el Purgatorio deja entrever el perdón después de la purificación, y en el Paraíso se eleva en alas de la Teología hasta las cimas supremas del consuelo, de la esperanza y de la visión sobrenatural. Y nunca se escribió sobre el Dante en lengua alguna nada más digno de su inmensa creación; y hasta hoy el libro de Ozanam es la fuente donde hay que beber para juzgar la Divina Comedia, y ningún crítico de los que sin cesar escriben sobre ella deja de presentar en sus trabajos la huella de la concepción de Ozanam.

La muerte de su madre ocurrida poco después de su regreso a Lyon perturbó hondamente el espíritu de Ozanam. Quedaba solo, privado de toda ternura, él que tanto había sufrido en su destierro de París por la ausencia del hogar y el alejamiento de la madre a quien adorada y ad-



miraba. Tuvo un momento la idea de hacerse sacerdote. Lacordaire, que había llegado a cobrarle una grande afección, lo llamaba a la Orden de Santo Domingo, a la cual había ingresado. Ozanam vacilaba. Examinó su vocación y decidió que Dios no lo llamaba al sacerdocio del altar, sino al del mundo, donde debía consagrar su inteligencia y su voluntad a Jesucristo, a la verdad cristiana y a su caridad.

Mientras el gran filósofo Víctor Cousin, su amigo de los primeros años de la Sorbona, le dejaba ver la posibilidad de que presentándose a un concurso llegara a suceder a Furiel en la cátedra de literaturas comparadas, Ozanam había conocido a una joven de familia lionesa, Amelia Soussac, y enamorado de ella en un idilio tan delicado que casi no habría palabras para describirlo, con alma de poeta y de cristiano, le había pedido que unieran su existencia.

Consultada Amelia sobre si el futuro matrimonio debía vivir en Lyon o en París, se inclinó por esta última ciudad. De las cartas y del testimonio de algunos contemporáneos se deduce que la joven sintió desde el primer momento que aquel a quien se consagraría con las mayores ternuras que es posible concebir, no podía ser suyo con egoísta exclusividad, porque pertenecía antes que a ella a Dios, a la ciencia, a la exposición de la verdad y a los pobres. Residir en Lyon era la vida tranquila, fácil, en una profesión que podía suministrarles todo lo que aquella mujer silenciosa, modesta, humilde, hubiera podido desear. Pero era un escenario pequeño para Federico y ella lo quería en toda la amplitud de su gran vocación literaria y religiosa.

Ozanam fué aprobado triunfalmente en su oposición a la cátedra de literatura comparada. Regresó a Lyon y se casó en 1841.

Tal vez no hubo en aquellos años en la vieja Universidad un profesor que por su elocuencia, su saber, su virtud maravillosa de iluminar las almas, tuviera una influencia más profunda que Ozanam. Los

estudiantes se agolpaban al pie de su cátedra. Muchas veces lo buscaba alguno para hablarle en privado y decirle que sus lecciones lo habían conducido a la fé cristiana. Hombres de las más opuestas ideologías lo elogiaban con entusiasmo. Sarcy, gran descreído, decía de él: "Hay tal convicción interior en este hombre que sin arte, a pesar de todos sus defectos, convence y conmueve. Tiene una imaginación tierna y soñadora y halla admirables expresiones llenas de melancolía y casi poéticas". Y Renan, que asistió a sus cursos, añadía: "Nunca salgo de sus lecciones sin sentirme más fuerte, más decidido a lo grande". Y más tarde exclamaba el mismo Renan: "¡Ozanam! ¡cuánto lo amábamos...!" Lacordaire decía de Ozanam: "era una de esas creaturas privilegiadas hechas por la mano de Dios, cuando Dios quiere a veces unir la ternura con el genio" y luego admiraba en Ozanam al soldado valeroso y decía: "Invencible bajo el escudo de la verdad, tempera en su espada la fuerza que él mismo le siente, por miedo de causar la muerte del alma que aún puede revivir".

En una reunión del Círculo Católico, donde encontró a muchos de sus discípulos, en presencia de Monseñor Affre, Arzobispo de París, Ozanam pronunció un discurso sobre "Los Deberes Literarios de los Cristianos". Explicó el sentido de la ortodoxia, examinó el caso de los que niegan y de los que sólo dudan, y pidió para unos y otros caridad, tolerancia, paciencia, a fin de probarles que el cristiano pone en acción su doctrina de amor, medio seguro para convencer a los que estén de buena fé. Monseñor Affre en una alocución aprobó las ideas tolerantes de Ozanam. El diario de Luis Veuillot cayó sobre Ozanam con el furor de aquel apasionado polemista, y el joven profesor se limitó a explicar a sus amigos de Lyon su actitud, rigurosamente adherida a las doctrinas de la Iglesia, y siguió su camino.

Durante sus doce años de cátedra, en la Sorbona, Ozanam recorre con magis-



tral autoridad y erudición extraordinaria, períodos oscuros de la historia literaria que forman fragmentos del grandioso plan de juventud. Y le sirven para la demostración del cristianismo por la historia y por las letras. En sus lecciones vive el cristianismo como animador de la civilización, origen de toda la cultura moderna, fuente de la poesía y de la filosofía. Así pasan en esos trabajos la Alemania de los Nibelungen, la Italia hasta el Dante, los orígenes de la literatura inglesa, la civilización del siglo V, materia que había de darle uno de sus libros más completos y originales, la historia literaria de los tiempos bárbaros. Ha dicho George Goyau con mucha razón que hoy existen en la Sorbona cuatro o cinco cátedras para abarcar el amplísimo dominio que Ozanam comprendía en su enseñanza.

Esta labor era apenas una parte de su actividad. Todas las Conferencias de San Vicente de Paul de París y de Lyon y demás ciudades de Francia, y las que se iban fundando en otros países, recibían su atención íntima e inmediata. Tomaba parte en la redacción del Reglamento de las Conferencias, una de las obras geniales de la caridad inteligente y previsora, verdadero código definitivo de la organización que hoy se extiende por el mundo y en todas partes se adapta y crece y salva almas y socorre miserias y enseña la verdad con las obras. Un gran número de asociaciones religiosas o literarias le contaban entre sus miembros más activos. Escribía en periódicos y revistas. Estudiaba todas las grandes cuestiones del día; tomaba parte en los debates más apasionados de su tiempo, siempre que en ellos estuviera envuelta alguna cuestión moral en forma directa o indirecta, o que un problema literario amenazara desviarse de los cauces por los cuales quería que corriese el pensamiento contemporáneo.

En 1843 Montalembert había lanzado su célebre "Manifiesto sobre los deberes de los católicos en la cuestión de la libertad de enseñanza". En él citaba el gran escritor a dos profesores de la Sorbona

que resistían la obra desquiciadora de los catedráticos anticristianos o simplemente racionalistas y materialistas: esas dos excepciones eran Lenormant y Ozanam. Foissea, director del "Correspondant", donde debía publicarse el Manifiesto de Montalembert, comunicó a Ozanam la mención de su nombre que podía conducir, por los elogios de que iba acompañada, a la pérdida de su cátedra. Ozanam le contestó en una carta admirable que sin duda aquello le crearía dificultades, pero que afrontaba el peligroso honor porque ante todo era cristiano.

Pocos dolores más profundos para Ozanam que el sentirse ya enfermo y verse obligado en 1847 a pedir una licencia que debía interrumpir sus lecciones de la Universidad. Partió a Italia con su esposa y con su hija María, nacida dos años antes. Este viaje es el origen de sus estudios franciscanos. Su obra sobre los poetas de la orden del santo de Asís, y en especial sobre Jacopone de Todi, parten de los estudios que entonces hizo. Madame Ozanam, compañera admirable del hombre y del escritor, lo ayudó en el descubrimiento que ambos hicieron de las Fioretti, las deliciosas crónicas primitivas de San Francisco y sus compañeros que los mismos franciscanos de entonces consideraban deleznable. La traducción de las Fioretti por Madame Ozanam y su marido reveló al mundo europeo esta maravilla de piedad y poesía que ha dado a conocer al santo y su misión mejor que muchos volúmenes de historiadores.

La revolución de 1848 pasó sobre la Europa como un vendaval furioso, y no sólo los tronos, sino también los altares y las ideas conservadoras y el sentido del orden social cristiano, parecían amenazados. Ozanam sintió el choque y vio venir un período trágico para el mundo. Lo había conmovido hondamente el sacrificio del Arzobispo de París, Monseñor Affre, su amigo, asesinado por los insurgentes cuando se presentó en las barricadas para mediar y detener la guerra civil precedido de una bandera blanca de parla-



mento. Estos y muchos otros desmanes de las turbas agitadas contra la Iglesia, causaban a Ozanam la más grande inquietud por el futuro, pero nunca hicieron vacilar su fé en que la civilización sólo podía salvarse por el cristianismo, y que todo lo que apartara de Jesucristo a las sociedades humanas sería el retroceso a la barbarie y conduciría la miseria de los pueblos víctimas de la irreligión de sus conductores y falsos profetas.

La redacción de un nuevo periódico titulado "L'Ere Nouvelle" y su colaboración en el "Correspondant", agregadas a las tareas del profesorado y de la caridad, dieron a Ozanam mucha actividad en los años que siguieron a la revolución. Minado ya por la tuberculosis, con una tos continua que a veces perturbaba sus lecciones de la Sorbona, tenía en esos años de 1848 a 52 una especie de llamarada de acción intelectual, un fervor vertiginoso de hacer muchas cosas.

Escribió en esa época algunos de sus mejores artículos de prensa y trató de fijar rumbos para los católicos en medio del caos general. La idea de Ozanam estaba contenida en la respuesta a los amigos que quisieron elegirlo diputado en las listas del partido monárquico entonces identificado con el conservantismo francés: "Lo mejor que podemos hacer es dar nuestros sufragios a candidatos republicanos que compartan nuestra fé y que ofrezcan garantías serias para nuestra libertad".

Esta misma idea aparece en los artículos del "Correspondant", que el diario católico "L'univers", dirigido por Luis Veuillot, contestó con tan violenta injusticia, causando a Ozanam un vivo dolor. El ilustre profesor distinguía dos escuelas a cada una de las cuales reconocía con su habitual bondad, imparcialidad, buena fé y cualidades dignas de respeto: una quería defender la integridad doctrinal, y la otra exportar hacia afuera todas las riquezas del dón de Dios; una soñaba un partido católico equipado para la lucha, y la otra quería, y con ésta se hallaba de

acuerdo Ozanam, que hubiera cristianos en todos los campos, que se multiplicaran los terrenos neutrales a los cuales pudieran los católicos llevar la caridad y aprender a conocer mejor a sus hermanos extraviados.

"L'Univers" llamó a esto una "cobarde deserción", "blanda complacencia" y llegó en el apasionamiento y violencia desatinada de Veuillot a hablar de "renegados". El Arzobispo de París reprendió al diario que así provocaba sin justicia ni caridad una división y ofendía al más sabio de los defensores de la religión. Muchos católicos protestaron. Sólo Ozanam se calló. La justicia plena se la ha hecho el tiempo, cuando el Pontífice Pío X, con ocasión del centenario de Ozanam, reconoció en el gran escritor "un ejecutor del programa trazado por San Pablo a todos los que poseen una pluma, una cátedra o una fuerza cualquiera". "Todos esos, dijo el Papa, si quieren dar a la sociedad civil una disciplina cristiana, convendría que tomaran a Ozanam como maestro y jefe".

Gracias a la afección fraternal de Jean Jacques Ampere, pudo todavía Ozanam reunir trabajos mal terminados a causa de su salud cada día más quebrantada y publicar después de los notables Estudios Germánicos que aparecieron en 1847, el trabajo que en 1850 tituló "Las Escuelas y la Instrucción Pública en Italia en los tiempos bárbaros", los "Documentos inéditos para la historia literaria de Italia en el siglo trece", y en 1851 el "Bosquejo de la civilización en los tiempos bárbaros" y sus "Poetas Franciscanos". Ampere recogía estas hojas que el enfermo iba dejando en su mesa con esfuerzo sobrehumano, las llevaba a los editores, y aún después de la muerte de Ozanam había de ser el albacea cariñoso de esta gloriosa testamentaria.

Con Ampere visitó la Inglaterra. Hizo viajes a Bretaña. Pero ya en 1852 tuvo que interrumpir sus cursos de la Sorbona.

Bajó por última vez de la cátedra cuan-



do ya el cuerpo no obedecía a su férrea voluntad de trabajar.

Acompañado de la esposa y la hija fué en busca de sol hacia el sur, llegó hasta los Pirineos, pasó la frontera y recorrió una parte de España. Estuvo en Burgos y de sus impresiones salió el bello libro titulado "Peregrinación al país del Cid". Soñaba con ir a Santiago de Compostela. Los viejos santuarios lo atraían porque en ellos presentía los materiales de su gran proyecto de demostración del cristianismo por la historia y la tradición.

En todas partes visitaba las sociedades de San Vicente, exhortaba a los socios, explicaba el Reglamento, fundaba nuevas conferencias.

Por la Riviera se encaminaron los Ozanam a Italia, el país amado. Trabajó todavía en Florencia cerca de la Gran Duquesa de Toscana para vencer las resistencias legales opuestas a la Sociedad de San Vicente. Hizo discursos como el de Livorno que contiene un himno de acción de gracias por el progreso de la Sociedad en el mundo.

Un día tuvo que embarcarse ayudado por socios de las Conferencias para ir a morir en tierra francesa. Resignado, sometido a la voluntad de Dios, con la tristeza infinita de una obra incompleta que confiaba a los sabios católicos para su continuación, murió en Marsella el 8 de septiembre de 1853. Ese día de la Natividad de la Virgen María se levantó sin indicios del fin próximo. Estaban con él Mme. Ozanam y algunos socios de San Vicente. Alzó al cielo los brazos y gritó con fuerte voz: ¡Dios mío. Dios mío! ¡Ten piedad de mí! Había pasado de este mundo.

La obra literaria de Ozanam es una montaña de materiales para una construcción gigantesca que su corta existencia no le permitió terminar y que acaso exigirá, cuando haya otros espíritus tan altos como el suyo, la vida de varios hombres. Como al Rey David, Dios no le permitió construir el templo que había deseado erigir en su honor. El mismo año de su muerte y al celebrar su cumpleaños el 23 de abril, Ozanam escribía estas palabras que son como un Salmo magnífico de dolor,

de renuncia, de entrega a la divinidad: "¿No aceptas, Señor, el holocausto de mi propio literario, de mis ambiciones académicas, de mis proyectos de estudio en que acaso se mezclaba más orgullo que celo por la verdad? Si yo vendiese la mitad de mis libros para dar el dinero a los pobres y si, limitándome a cumplir los deberes de mi profesión consagrarse el respeto de mi vida a visitar a los indigentes, a instruir a los aprendices y a los soldados, ¿estarías, Señor, satisfecho? ¿Y me dejarías la dulzura de envejecer al lado de mi esposa y acabar la educación de mi hija?" Y luego añadía sumiso: "Si tú me llamas, Señor, no tengo el derecho de quejarme; acudo a tu llamado".

La inmortalidad de Ozanam está asegurada por las conferencias de San Vicente de Paul y su nombre resuena este año en todas las lenguas de la tierra bendecido por más de doscientos mil socios que se dedican a seguir sus enseñanzas y ejemplos en la más variada y rica multitud de obras de caridad que ha conocido jamás el cristianismo. Esos cientos de miles de miembros de las conferencias piden en cada reunión con una plegaria que la Iglesia ha aprobado, que manifieste su voluntad de que Ozanam suba a los altares, como ya muchos sacerdotes lo han insinuado y como lo dijo el Cardenal Vannutelli, legado del Papa Pio X en las fiestas del centenario. "Estas fiestas, dijo, son un signo de que Dios quiere que su fiel servidor sea glorificado". Y nosotros podemos agregar que si así hablaba un príncipe de la Iglesia Romana en 1913, sus palabras han tomado nueva fuerza al celebrarse en este año de 1933 el centenario de las Conferencias.

Esperemos todos los que amamos a Ozanam y quisiéramos seguir humildemente sus huellas de luz, esperemos que un día hemos de ver un santo que fué a la vez un grande apóstol de caridad, un servidor de Jesucristo en sus pobres, en esos que según Bossuet "dan dignidad a la Iglesia", un sabio cuyos libros viven y parecen rejuvenecerse a medida que la crítica los hace aparecer más sólidos, más fuertes de doctrina y más profundos en sus originales investigaciones.



# La muerte del Cientismo

Conferencia dictada en el Teatro Miraflores bajo los auspicios del Centro de Estudios Religiosos por don Ricardo Cox Méndez.

Ultimamente, todos los miembros de la Academia de Ciencias de París, que son 75, según creo, se han estado ocupando, ante los ojos de la Europa entera, del sentimiento religioso, científico y filosóficamente considerado; de la religión metafísica, del alma humana, de lo infinito; de la idea de Dios; es decir, de la ciencia de los orígenes y de las causas.

La ocasión de entregarse a los académicos a este bello deporte espiritual, les ha sido proporcionada por uno de sus colegas, Mr. Robert de Flers, que era también miembro de la Academia Francesa (últimamente fallecido).

“La ciencia que, estimado colega, cultiva, la ciencia de su especialidad y predilección, en la cual es usted eximio y célebre maestro, ¿se opone al sentimiento religioso?”, ha preguntado Mr. de Flers a sus 74 colegas de la Academia de Ciencias.

En otros términos: ¿ha encontrado en la ciencia que usted cultiva con tanto éxito alguna razón clara, algún dato tangible y evidente que demuestre la falsedad de la metafísica, la ilusión engañosa del sentimiento religioso cuyos dos grandes objetos metafísicos son Dios y el alma inmortal?

Todas las ciencias humanas del siglo XX han respondido a la pregunta trascendental de Mr. de Flers: ni una sola ha creído prudente guardar silencio. La física, la química, la biología, la geología, la astronomía, las matemáticas, la botánica, la zoología, la anatomía, la fisiología, etc., etc., han hablado sobre la religión metafísica, sobre el sentimiento religioso, sobre los orígenes y las causas, por boca de sus más ilustres cultivadores y representantes franceses.

No todos esos 74 hombres de ciencia piensan de la misma manera ni dicen la misma cosa sobre las causas y los orígenes,

sobre Dios y el alma humana; pero todos ellos, los 74, están en el más completo acuerdo sobre un hecho fundamental y nuevo: todos declaran muerto al Cientismo.

Con lo dicho, el tema de mi conferencia está ya esbozado, y justificado queda su título: “La muerte del cientismo”.

Absteniéndome yo mismo de emitir toda opinión personal, paso, señoras y se da opinión personal, paso, en la spáginas siguientes, a ser un simple y fiel relator de este gran proceso del Cientismo, tal como él ha sido hecho por esa célebre y prestigiosa corporación científica:

He dicho que las respuestas son 74. A lo menos 74 son las publicadas, en su texto íntegro, en las columnas de honor de “Le Fígaro”, de París.

Yo las divido en dos categorías o grupos: en el primero pongo las respuestas que, señalando el antiguo Cientismo como un error, como una ilusión que ya no puede sostenerse con la ciencia en la mano, hacen, sin embargo, algunas salvedades, algunas restricciones.

En la segunda categoría de respuestas se condena a muerte al cientismo sin salvedades.

La muerte del cientismo, con salvedades, ha sido votadas por dos sabios franceses, al paso que su muerte sin salvedades, lo ha sido por los 72 restantes.

Ahora se impone la pregunta: ¿qué es el cientismo? Mejor dicho: ¿qué era el cientismo? puesto que la Academia de Ciencias de París, por la unanimidad de sus miembros, le ha extendido ya su partida de defunción?

En vez de ensayar definiciones obscuras, y seguramente inexactas de un concepto complejo, voy a ceder la palabra a Mr. Paul Bourget, que va a explicar con nitidez el verdadero significado del célebrimo vocablo:



“El dogma en vías de conquistar los espíritus, era entonces (1883) el cientismo... Hace cuarenta años todos los que tenían veinte, habrían escrito probablemente la Ciencia con mayúscula, y habrían acompañado este término, temblando de emoción, del comentario casi místico que Taine ha hecho de él en su ensayo sobre Lord Byron: “La Ciencia se acerca al fin... y se acerca al hombre... En este empleo de la Ciencia y en esta concepción de las cosas, hay un arte, una moral, una política, una religión nueva, y a nosotros nos toca buscarlas”.

“Por mi parte, todavía no transcribo estas líneas sin emoción. Ellas han sido el Credo de mi juventud”. (Nouvelles pages de critique et doctrine. Paris, 1923).

El Cientismo, según este notable pasaje de Mr. Bourget, era, pues, una fé, una religión, hace cuarenta años; y había desplazado en el alma del hombre culto a la antigua religión del mundo civilizado.

Esto es ya por sí solo suficientemente claro.

Empero, analicemos y completemos con otra cita el concepto cabal de cientismo.

Los hermanos Antonino y León Franchet, célebres pedagogos de la tercera República, son autores de un texto de lectura, destinado a la juventud francesa que se educa en las escuelas y colegios del Estado.

Su título es: “Entretiens de morale republicaine”, Charlas sobre moral republicana (París, 1926).

Nadia ha expresado con más fé, con más claridad, ni con mayor audacia los dogmas del cientismo, que los hermanos Franchet.

Oigámoslos:

“La noción de un Dios antropomorfo—es decir personal—ha hecho su época, como la nación de Tierra, centro del mundo, como tantos errores, creencias y supersticiones que la Ciencia ha abolido definitivamente”.

He ahí el ateísmo, presentado a los niños ignorantes e indefensos, como una de-

mostración, como una conquista de la ciencia.

Sigamos:

“Los sabios dicen que todos los fenómenos del pensamiento corresponden a modificaciones físicas y químicas de la materia cerebral... Los animales tienen un alma, como los hombres, mortal, como la de los hombres”.

He ahí el materialismo más absoluto presentado a los niños, ignorantes e indefensos, como doctrinas de los sabios: “Los sabios dicen...”

Ya vamos conociendo el cientismo, el antiguo cientismo.

Sigamos:

“La evolución en la cual la humanidad se encuentra actualmente, ha creado una oposición bien manifiesta una guerra sin cuartel, entre la Ciencia, es decir, la investigación objetiva de la verdad y el conjunto de sentimientos, de creencias y de supervivencias fetiquistas que se llaman religión...”

Basta. Ahora sí que tenemos al cientismo retratado de cuerpo entero, tal como era en Francia, tal como es todavía en otros países del mundo.

Las enseñanzas de los hermanos Franchet, que acabamos de oír, han sido profesadas durante medio siglo en Francia por todo el magisterio y profesorado oficiales de ambos sexos.

Es lo que siempre se ha llamado en Francia ciencia oficial, enseñanza oficial, instrucción laica.

Eso era el cientismo de la enseñanza francesa.

Cabe preguntar: ¿no es un milagro que quede todavía en Francia un resto de ideas espiritualistas y de sentimientos religiosos metafísicos?

Estas doctrinas predicadas durante medio siglo a los niños y a los jóvenes franceses, por la autoridad pública en nombre de la Ciencia, este cientismo, enseñado como un dogma es lo que la Academia de Ciencias de París, por la unanimidad de sus miembros, señala hoy a



la Francia y al mundo entero como una ilusión desvanecida, como un falso espejismo de la ciencia misma.

Este es el grande acontecimiento de hoy en el mundo intelectual europeo.

No puedo imaginar un acontecimiento de mayor transcendencia, y me siento profunda y legítimamente satisfecho de que me haya tocado ser el primero en señalarlo a la atención pública de nuestro país.

¿La Science est-elle opposée au sentiment religieux? ¿Se opone la ciencia al sentimiento religioso? Esta es la fórmula precisa de que se ha servido Mr. de Flers al dirigirse a sus colegas de la Academia de Ciencias.

En otros términos, y precisando la cuestión: ¿Existe en opinión de la Academia el antagonismo, la contradicción entre la religión y la ciencia, tal como se enseña por la instrucción pública en Francia? ¿Existe esa guerra sin cuartel entre la ciencia y la religión, de que nos hablan con tanta convicción los hermanos Franchet, en sus "Charlas sobre moral republicana", que está en manos de todos los niños franceses, por imposición del Estado?

He aquí las respuestas:

Voy a principiar por las dos de la primera categoría, es decir, por las dos respuestas con salvedades, con restricciones, a que me he referido antes.

Mr. Jean Berrin, físico, dice:

"Si se trata de dogmas precisos, considero como incontestable que la creencia en cualquiera de las religiones existentes tiene menos probabilidades de subsistir y sobre todo de establecerse en un hombre habituado a los rigores del razonamiento científico que en uno extraño a la ciencia".

El distinguido auditorio apreciará en lo que vale esta respuesta. A mi me parece que el señor Berrin no ha contestado la pregunta, puesto que no se trata de dogmas precisos de religiones positivas.

Mr. Emil Borel, matemático, diputado cartelista, antiguo Ministro de Marina, dice:

"En teoría, no hay ninguna incompatibilidad psicológica entre el sentimiento religioso y lo que podría llamarse el sentimiento científico: los dos sentimientos pueden coexistir en el mismo espíritu".

Sin embargo, y esta es la restricción o salvedad de Mr. Borel, "cree constatar una oposición práctica entre ciertas manifestaciones sociales del sentimiento religioso y la libertad de pensamiento y de discusión indispensables a la ciencia".

Ejemplos: Galileo ante la Inquisición; el profesor Dayton procesado en Estados Unidos por sus opiniones darwinistas; hace unos años.

Nuevamente, el distinguido auditorio sabrá apreciar si el señor Borel ha contestado o nó a la pregunta precisa de su colega Mr. de Flers!

Y con ésta se completan dos únicas respuestas con restricciones o salvedades.

Pasemos ahora a las respuestas de la segunda categoría, o sea, las respuestas sin salvedades ni restricciones.

Mr. H. Chatelier, químico y metalúrgico, profesor de la Sorbona, dice:

"No hay ninguna incompatibilidad entre la ciencia y la religión".

Este es un hecho demostrado por la experiencia. Pascal, Ampère Cauchy, han sido a la vez hombres profundamente religiosos y muy grandes sabios... No es menos cierto que se ve afirmar constantemente en la literatura moderna la incompatibilidad absoluta entre la religión y la ciencia.

Estas declaraciones no emanan de verdaderos sabios, cuando más, vienen de sabios a medias, y más frecuentemente de escritores extraños a todo conocimiento científico.

Mr. R. Leconte, botánico del Museo de Historia Natural, dice:

"El antagonismo entre la ciencia y la religión no existe sino en el espíritu de aquellos que lo desean".



Mr. d'Arsonval, médico, profesor en el Colegio de Francia, dice:

"¿Han existido y existen numerosos sabios con espíritu religioso? — Sí.— Esta contestación tiene brutal insolencia de un hecho... por consiguiente, la cuestión planteada... es ociosa..."

Mr. de Launay, geólogo, profesor en la Escuela Nacional Superior de Minas, dice:

"Yo he tomado posición definitiva en la cuestión que Ud me plantea, pues he escrito últimamente un volumen entero, titulado *El Cristianismo*, para demostrar precisamente que no hay ninguna incompatibilidad entre la ciencia y la religión".

Mr. Andoyer, astrónomo, matemático, miembro del Bureau de Longitudes, profesor de la Sorbona, dice:

"La ciencia ¿se opone al sentimiento religioso? — No podría comprenderlo jamás; y creo más bien que el espíritu científico engendra al espíritu religioso".

Mr. L. Lecornu, matemático, inspector general de minas, profesor honorario de la Escuela Politécnica, dice:

"Es imposible admitir una oposición cualquiera entre la verdad científica y el sentimiento religioso".

General R. Bourgeois, geodésico, antiguo Director del Servicio Geográfico del Ejército, senador del Alto Rhin:

"Nada se opone a que el espíritu científico esté de acuerdo con las creencias religiosas, reflexivas y ocultas; al contrario, el estudio profundo de las ciencias las fuerzas haciendo todavía más sorprendente la obra del Creador".

A medida que la ciencia progresa, la idea espiritualista acusa más y más su predominio sobre la idea meramente materialista".

Mr. E. Quenu, cirujano, profesor honorario de la Facultad de Medicina, dice:

"La ciencia no me parece de ninguna manera opuesta al sentimiento religioso.

La influencia de la idea religiosa sobre

la moral no puede ponerse en duda — por mi parte, no creo que la restauración de la moral pueda ser obtenida sin el auxilio de la idea religiosa".

Mr. Paul Sabatier, químico, laureado con el premio Nobel, profesor de la Universidad de Tolosa, dice:

"Estimo que no es razonable oponer la ciencia y la religión. Levantar la una contra la otra, no puede tener ninguna utilidad; y es la ocupación de gente poco instruída en la una y en la otra..."

Mr. E. S. Bouvier, zoólogo, profesor en el Museo de Historia Natural, dice:

"¿Hay antagonismo entre la ciencia y la idea religiosa? — Por mi parte, no lo he observado jamás, y la experiencia demuestra que en todas las épocas hubo firmes creyentes entres los hombres de ciencia más ilustres.

Hago alusión, bien entendido, a las ciencias físicas y naturales, que son para mí las más familiares, y justamente aquellas en que los adversarios de la idea religiosa buscan sus argumentos.

Por mi parte, creo a la idea religiosa más bien propia para favorecer el progreso científico."

---

He aquí, señora señoras y señores, un bello ramillete de diez respuestas claras, precisas, contundentes y sin restricciones ni salvedades.

Ellas pertenecen a diez miembros de la Academia de Ciencias de París, ilustres representantes de otras tantas ramas del saber humano: química, botánica, física, geología, astronomía, matemáticas, geodesia, medicina, cirugía y zoología.

---

"Le Figaro" trae otras 72 respuestas de otros tantos sabios: todas ellas coinciden con las diez precedentes.

Absolutamente todas las ciencias hu-



manas tienen sus representantes en la imponente lista que desfila por las columnas de honor del gran diario parisiense; y todas las ciencias humanas, hablando por boca de los miembros de la Academia de París, dicen la misma cosa:

"No hay contradicción alguna, no hay incompatibilidad alguna entre la ciencia y la religión".

Pero algunos de esos ilustres hombres de ciencia, en sus respuestas, no se han limitado a contestar la pregunta, sino que la han explicado cómo se había formado en el mundo científico, durante la segunda mitad del siglo XIX, ese falso miraje, ese fantasma de la incompatibilidad entre la religión y la ciencia.

De estas respuestas, más interesantes aún, si cabe, que las primeras, paso a ocuparme.

El Mariscal Foch, el héroe de la guerra mundial y eminentísimo miembro de la Academia de Ciencias, dice:

"La religión, en su estudio, se rodea cada vez más de Ciencia, y la Ciencia por sus descubrimientos sucesivos, no establece nada que contradiga a la doctrina religiosa. Son dos actividades que se desarrollan sin chocar.

Para todo espíritu exento de prevenciones, ambas deben aún encontrar puntos de acercamiento en la sinceridad de sus investigaciones".

Mr. André Blondel, físico, electricista, profesor en la Escuela Nacional de Puentes y Calzadas, dice:

"Como la mayor parte de los prejuicios, la tesis de la incompatibilidad entre la Ciencia y la Religión, no ha sido adoptada por la masa sino cuando ya había pasado de moda en su medio de origen...

¿Quién profesa hoy el cientismo...?

Muy pocos hombres de ciencia han conservado intactas las ilusiones que inspiraban a sus predecesores las conquistas rápidas y admirables de la ciencia.

Los de hoy día se sienten más humildes en presencia del misterio de la naturaleza, siempre renovado, y que crece junto con nuestros conocimientos.

Creo que ahora en adelante el hombre de ciencia está obligado a elegir entre un agnosticismo benévolo con las ideas religiosas, y la creencia que fué el feliz patrimonio de tantos sabios ilustres, desde Newton, Descartes, Leibnitz, Pascal, hasta Ampère, Biot, Faraday, Cauchy, Lord Kelvin, Hermite, Pasteur. Estos nombres, si solo, muestran lo que debe pensarse sobre la pretendida incompatibilidad.

Desde ahora nosotros sabemos distinguir la Ciencia pura, investigación de la verdad (es decir, del sistema de hipótesis que satiface a nuestra razón), en el dominio material, de la Religión que se dirige a la intuición y al sentimiento.

Por ejemplo, mi intuición rehusa encontrar verosímil una generación espontánea de la inteligencia humana en el seno de las fuerzas materiales, por el simple efecto del acaso...

Y la creencia en una suprema inteligencia creadora y organizadora me parece más satisfactoria que el monismo materialista...

Si otros piensan de diferente manera, es todavía el sentimiento y no la razón lo que les dictaría su preferencia.

Las ideas científicas pueden, sin embargo, creo yo, hacernos reconocer la utilidad, aún la necesidad de los sentimientos y de la disciplina religiosa para el completo desarrollo del alma humana, como también para la conservación de las sociedades humanas".

Mr. George Claude, físico ilustre, a quien se debe la invención del acetileno disuelto, de la liquidación del aire por distensión y de la síntesis del amoníaco, dice:

"...¿Cómo permitir que se diga, en nombre de la Ciencia, que ella nos impide creer?

Aun cuando no se juzgara a la idea religiosa útil a la moral, una simple con-



sideración de escrúpulo científico os obligaría a protestar.

Pero cuando se considera todo lo que se ha destruído en el corazón de tanta gente; tantos motivos de esperanza y de consuelo invadidos por la duda, cuando se ve al mismo tiempo a la moral en derrota, la familia despedazada, la natalidad decreciente, el deber incierto, ¿cómo no preguntarse — con Jaurés — si no se ha cometido un error al interrumpir la "vieja canción" que adormecía a la miseria humana?

¿Quiere decir ésto que la idea religiosa no tiene nada de verdadero en sí, que ella es una pura ficción útil a la moral?

Por mi parte, lo confieso, yo me siento profundamente impresionado por este inconcebible misterio en que estamos sumergidos y por las voces de mi propia conciencia...

No me preguntéis cómo concilio este sentimiento con mis exigencias de hombre de ciencia, pues, lo que lo justifica es precisamente que a cada paso es preciso decir: yo no sé... yo no veo... yo no comprendo"...

Mr. Haton de la Goupilliére, matemático y físico, profesor honorario en la Escuela de Minas, venerable decano de la Academia de Ciencias, dice:

"Existe el más perfecto acuerdo entre estas dos luces de la inteligencia humana: la Ciencia y el sentimiento religioso.

He amado mucho a la Ciencia, y la he servido lo mejor que me ha sido posible.

Después de largas y metódicas reflexiones, he llegado a esta convicción: muy diferente de esta especie de servidumbre que impone al espíritu una demostración geométrica, la religión es para mí una especie de imbibición definitiva de certidumbre y de luz...

Ella produce reposo en el alma y suministra nuevas claridades a muchos aspectos de la Ciencia misma".

Mr. Pierre Puiseux, astrónomo y matemático, dice:

"Por todas partes — en la actualidad — la aceptación de un conjunto de leyes superiores aparece como la condición del progreso intelectual.

¿Cuánto más grande será para el sabio el atractivo de la investigación, si cree que una inteligencia libre y soberana anima al mundo, y que desde la nebulosa hasta el átomo, todo objeto accesible puede revelarnos algún lineamiento de un orden eterno!"

Mr. E. L. Bouvier, zoológico, profesor del Museo de Historia Natural, dice:

"Henry Poincaré dice con Pascal: Buscar a Dios es haberlo encontrado".

Buscar lo verdadero, ¿no es buscar a Dios, que es la verdad suprema?

Y por esto, ¿no puede considerarse la idea religiosa como un poderoso factor del progreso científico?

Mr. Charles Barrois, geólogo, profesor de la Universidad de Lille; Mr. E. Fichot, Mr. P. Vieille, eminente químico, inventor de la pólvora sin humo; Mr. Andoyer, Mr. Dangeard, hacen notas que a medida que la Ciencia se eleva, sus datos se rarifican, hasta tal punto que la Ciencia misma se esfuma y desaparece.

Mr. Barrois, dice, por su parte:

"Elevándose, ella penetra, en fin, en el dominio de los creyentes, para contemplar a descubierto las leyes eternas de que se derivan las nuestras..."

"La geología sólo ha conseguido, en nuestros días, modernizar las pruebas de la existencia de Dios".

Mr. L. Guillet, químico metalúrgico, Director de la Escuela Central de Artes y Manufacturas, dice:

"¿Cómo no advertir que la Ciencia misma nos revela un mundo sorprendente de belleza y de orden, y que ella atestigüa una maravillosa concordancia entre los hechos experimentales y los resultados teóricos?"



Así considerada, la Ciencia conduce naturalmente al espiritualismo”.

Mr. H. Boussines, matemático, físico, profesor de la Sorbona, dice:

“Fuera de la comunidad de las almas cristianas que persiguen la realización del reino de Dios, no queda nada entre nosotros, sobre todo en el orden moral, después de la obra de crítica universal de los dos últimos siglos; sino espesas tinieblas sobre todas las cuestiones importantes, especialmente sobre el objeto de la vida, y sobre lo que debemos hacer de ella”.

Los señores Ed. Branly, físico, profesor del Instituto Católico, laureado del premio Nobel; J. Hadamard, matemático, profesor del Colegio de Francia; Paul Apell, matemático, profesor honorario de la Sorbona, ex-Rector de la Universidad de París; J. Constantin, botánico; C. Gravin, zoólogo; y Duque de Broglie, físico, expresan en distintas palabras, este mismo concepto general:

“La Ciencia y la Religión, no deben, no pueden entrar en conflicto, porque, como tantas veces se ha dicho, se trata de dominios distintos”.

El espíritu religioso, el espíritu científico, no tienen razón alguna para excluirse recíprocamente”.

Muchos de los ilustres miembros de la Academia de Ciencias no pueden dominar la indignación que les causan “esos malhechores intelectuales que, en nombre de la Ciencia misma, cuyas lecciones falsean y cuya autoridad usurpan, quisieran extinguir la única luz capaz de orientar debidamente la vida del hombre, individual y social”. (Mr. Grandmaison).

“¡Imprudentes!”, dice Mr. Quenu.

“¡Pseudos sabios infatuados dice Mr. Ocagne, “cegados por malos instintos y por odiosas pasiones”

“¡Sí!”, dice Mr. Sejourné, “esos desgraciados acumulan la ignorancia sobre el odio religioso”.

“¡Presuntuosos!”, concluye Mr. An-

dré; “la mayor parte de ellos no condenan la religión sino por espíritu de orgullo, como si el saber humano fuera capaz de suministrar una solución a todos los enigmas de la vida”.

Mr. Behal, químico; Mr. D. Berthelot, físico; Mr. M. Deslandres, astrónomo; Mr. A. Lacroix, mineralogista; Mr. Louis Lumière, biólogo; y Mr. Paul Painlevé, matemático, suscriben esta breve y sugerente declaración:

“La Ciencia ha aprendido a ser modesta y a respetar las opiniones ajenas”.

El Secretario Perpetuo de la Academia de Ciencias, Mr. Emile Picard, matemático ilustre, expresa de este modo las razones de esta modestia:

“Nuestras teorías científicas se suceden con una rapidez a veces desconcertante, tomando un carácter cada vez más formal (meras fórmulas) y simbólico.

La historia de las ciencias está llena de ruinas; y como los libros, las teorías tienen su destino. Nuestra noción de ley natural ha cambiado prodigiosamente desde hace cincuenta años.

Por otra parte, el cálculo de las probabilidades toma una gran importancia en las ciencias físicas; bajo este punto de vista, las leyes de la naturaleza no aparecen sino con un carácter de probabilidad, y no tienen ya la rigidez familiar a nuestros predecesores.

Dejemos en su dogmatismo a los que hacen de la Ciencia un ídolo. Ciertamente, como dice Montaigne, la Ciencia es un gran ornamento y un gran instrumento de servicios maravillosos; pero debemos reconocer sus límites y no ilusionarnos sobre lo que se puede esperar de ella”.

Mr. G. André, químico biólogo, dice:

“Por lo demás, repitémoslo, la Ciencia se transforma de una manera continua: verdades que hoy nos parecen incontestables, mañana serán puestas en duda, por nuevas experiencias y por nuevas teorías”.



Mr. Fichot, geodésico, teórico de las mareas, dice:

"Confesémoslo, si nuestra alegría de conocer ha podido exaltarse por tantos nuevos y maravillosos descubrimientos, nuestro deseo de comprender parece haber sido mucho menos escuchado

Hemos visto a las teorías más incontestables derrumbarse como los imperios; y de todo este bello edificio construido sobre la roca de los grandes principios de que se glorificaba el último fin de siglo, no quedan más que las ruinas.

Las hipótesis han huído delante de las hipótesis; nunca más fecundas que el día mismo en que la experiencia formaba de sus despojos otros tantos gérmenes nuevos.

Razón y fé tienen sus dominios que se penetran sin confundirse

El sabio que intenta realmente remontar la cadena de las causas, se detiene cuando su ignorancia lo advierte que ha llegado a la región serena en que la oración aparece a las almas delicadas como la forma más pura del pensamiento humano"

Si en toda la literatura filosófico-científica del siglo XX hay un pensamiento tan sublime como éste, y tan bellamente expresado, declaro no conocerlo.

---

Sólo me resta dar a conocer las opiniones sobre Ciencia y Religión de Mr. Pierre Termier, geólogo, y de Mr. Charles Moureu, químico.

Ellas tienen el mérito de explicarnos el proceso interno del cientismo, que el segundo profesó un tiempo y que abandonó después.

Ambos documentos son magistrales y emocionantes. Son el golpe de gracia al cientismo.

Mr. Pierre Termier, geólogo, inspector general de minas, ha respondido en la siguiente magistral comunicación a la pregunta de Mr. de Flers:

"El espíritu científico es la preocupa-

ción constante de la vida, el deseo de saber más, la pasión permanente de saber más y conocer mejor.

El sabio es el hombre cuyo esfuerzo intelectual está intensamente orientado hacia la investigación de la verdad, es decir, hacia el enriquecimiento de la inteligencia.

Hay muchos órdenes de ciencia. La que en nuestros días se llama comúnmente Ciencia, es el conocimiento de los fenómenos naturales y de las leyes que los rigen. Esta ciencia de los fenómenos naturales y de sus leyes, parece hoy día a "muchas personas medianamente instruidas", la única ciencia. Porque ella ha hecho, muy recientemente, inmensos progresos, y porqué estos progresos han cambiado grandemente las condiciones materiales de la vida, uno se siente inclinado a creer que ella es la única importante, que no tiene límites, que progresará indefinidamente, que esclarecerá todos los enigmas y resolverá todos los problemas; y al mismo tiempo uno se siente tentado a hacer consistir el espíritu científico en la sola investigación de nuevos fenómenos naturales y de nuevas leyes.

Es claro que ciencia así comprendida, no tendría nada que enseñarnos sobre las cuestiones de causa y origen.

El dominio científico "así comprendido", sería por definición misma enteramente distinto del dominio filosófico y religioso.

Limitado a la exploración del dominio de los fenómenos naturales, el espíritu científico no tiene nada que ver con el sentimiento religioso: él no le es opuesto, él lo ignora.

En efecto, muchos sabios, y no de los menores, no salen jamás, no quieren salir, de este dominio de los fenómenos naturales. Se les toma, ellos mismos se toman a veces, por agnósticos.

Pero, ser agnóstico es afirmar lo inconcebible, la inconocibilidad de las causas y de los orígenes; y esto es ya una teoría filosófica.



La mayor parte de estos sabios se prohíben, en realidad, profesar una teoría filosófica cualquiera. Son, con respecto a los demás hombres, simple, pura, exclusivamente físicos, astrónomos, químicos o naturalistas; han consagrado su vida a una ciencia particular, y no piensan sino en perfeccionarse en ella.

Se puede, es un hecho de experiencia, ser un sabio, aun un gran sabio, sin ser un hombre religioso, sin adherir a una creencia formal, sin creer en Dios, o sin creer que Dios sea demostrable; en todo caso, sin hablar jamás de Dios.

Pero hay una segunda categoría de sabios, en la cual yo deseo se me coloque, y que se caracteriza así: miran como ficticio, convencional, y desde ese momento franqueable, el límite que separa del dominio filosófico el dominio de cualquier ciencia particular, aun de una ciencia que tenga por objeto los fenómenos naturales. Ellos no se contentan con ser sabios, se esfuerzan por ser filósofos. Sostienen que la filosofía es la ciencia suprema, y que, si es distinta de las ciencias particulares, éstas deben ser interpretadas y fecundadas por ellas; tienen la preocupación no solamente de los fenómenos y de las leyes, sino también de las causas y de los orígenes, los cuales para ellos no son necesariamente inconcebibles. Y después de haber estudiado los fenómenos y las leyes, ellos no temen abordar la especulación metafísica, partiendo de las conquistas realizadas por su disciplina especial.

Las ciencias particulares son, a sus ojos, gradas para subir al conocimiento general especial.

Para los sabios de esta segunda categoría, el sentimiento religioso, del mismo modo que la conciencia, las nociones de lo Infinito, lo Eterno, lo Absoluto, lo Universal; del mismo modo que el sentimiento de que el alma es inmortal, "el alma demasiado vasta, demasiado humana para morir", el sentimiento religioso, digo, es un hecho de que el espíritu científico

tiene pleno derecho de ocuparse, y que sería pueril desconocer.

Desde ese momento, para esta clase de sabios, ninguna oposición existe entre la Ciencia y la Religión.

Al contrario, la Ciencia que es a sus ojos necesariamente limitada, evocadora de misterios, mucho más que explicadora de misterios, la Ciencia les parece invitar al hombre a franquear sus límites; les forja poco a poco un alma metafísica, y "dispone su espíritu a recibir las pruebas de la existencia de Dios".

Mr. Charles Moureu, químico, profesor del Colegio de Francia, dice:

"Para responder a la cuestión — "la más alta, la más grave" — que me habéis hecho el honor de plantearme, yo he descendido, con toda simplicidad, a mi fuero interno, pasado y presente; y he aquí lo que he encontrado:

Que la Ciencia sea opuesta al sentimiento religioso, lo he creído tal vez — no estoy bien seguro — en otra época, en el tiempo de mi juventud.

Avido de saber, fuí desde los primeros contactos, deslumbrado y como subyugado, y me eché con entusiasmo en brazos de la Ciencia.

En pocos años adquirí una copiosa erudición. Y muy pronto, embriagado por sus conquistas, no estuve lejos de pensar que la ciencia era capaz de revelar todos los problemas; que nada, ni la esencia de la vida, ni el principio ni el fin de las cosas, escaparían a su contacto.

Tal vez yo era entonces un "materialista", que consideraba que la divinidad, que la inmortalidad del alma eran concepciones para el uso de los "simples de espíritu", y de las cuales debían independizarse los espíritus verdaderamente "libres".

Yo poseía ciertamente conocimientos extensos; pero "sabía mal", porque no había digerido; porque todavía "no había reflexionado".

Más tarde, fuí constreñido, por las ne-



cesidades de la investigación personal, a "profundizar las cuestiones".

Aprendí así, por el esfuerzo desplegado hacia lo desconocido, que las cosas eran mucho más complicadas de lo que habían parecido a la ingenuidad de mis 25 años.

Y me sentí poco a poco penetrado por impresiones nuevas, el sentimiento de lo bello en lo verdadero; pero también el sentimiento del "misterio insondable" de la materia y de la fuerza, del origen de la sensación y del pensamiento.

Desbordando del cuadro forzosamente restringido en que se evoluciona cuando se interroga a la naturaleza en sí misma por la vía experimental, fui conducido a "meditar sobre el Universo", y el conocimiento que de él tenemos. Y ví que "mientras más aprendíamos, más retrocedía el horizonte"; y, por contraste, "más estrecho aparecía el campo de nuestras adquisiciones positivas".

Por todos lados encontraba delante de mí al Infinito... En este Universo en que todo es solidario de todo, en que todo se encadena, en que todo se sostiene en todo... al cabo de todo... siempre el Infinito...!

¡Qué grandioso, qué sublime conjunto...!

Imaginad, si lo imposible os tienta, un espectáculo más majestuoso, de belleza más serena y más alta, una fuente más pura de goces más delicados y más nobles...!

¡Contemplad! ¡Admirad!...

Estudiad, observad, escrutad, pesad, comparad, concebid, soñad...! Entregáos a todas las fantasías, tened todas las audacias... Y sobrepasada la razón, impotentes, aplastados, conmovidos, defendéos si lo podéis, de un sentimiento de humildad en presencia del enigma prodigioso cuya grandeza os fascina y os confunde.

Y si no lo podéis, confesad entonces la irresistible necesidad de una conclusión; y obedeciendo a las aspiraciones profun-

das de vuestra alma inquieta, decidme "si no os aparece la idea de algún Ser Omnipotente y Perfecto, de algún Super-Ser", autor y legislador del Universo físico como del Mundo moral...

Acabáis de entrever a Dios...; pero, es después de haberos evadido del dominio accesible a la investigación científica...

Tal ha sido, "bajo el punto de vista del gran problema", la evolución de mi pensamiento".

Al principio, Ciencia y Religión", me parecieron, tal vez, cosas que se excluían.

Después, a medida que yo avanzaba en el "conocimiento" y por el hecho de convertirme en un "sabio más ignorante", esa oposición se desvanecía; y desde hace largo tiempo, ella no es más que un recuerdo..."

Una encuesta muy parecida a la hecha en 1925 por Mr. de Flers en la Academia de Ciencias de París, se hizo en 1932, no hace todavía un año, en el seno de la Real Sociedad de Londres, corporación científica de la misma índole que la francesa, aunque mucho más numerosa, y a la cual pertenecen, puede decirse, todas las notabilidades científicas de la Gran Bretaña.

Me hace falta tiempo para analizar la encuesta inglesa como lo he hecho con la francesa. Por eso voy a limitarme a dar sobre ella una mirada de conjunto.

A 200 sabios británicos se les han hecho las siguientes preguntas:

¿Cree ud. en la existencia de un dominio espiritual?

¿Considera ud. que el hombre es responsable de sus actos?

¿Opina Ud. que la creencia en la evolución es compatible con la creencia de un Creador?

¿Niega la Ciencia la idea de un Dios personal, tal como ha sido enseñado por Jesucristo?

¿Cree ud. que las personalidades de



hombres y mujeres continúan existiendo después de la muerte de sus cuerpos?

¿Cree Ud. que los notables descubrimientos científicos recientes, y en general el desarrollo del pensamiento científico moderno son favorables a las creencias religiosas?

Si bien nos fijamos, las más trascendentes cuestiones que suscitan estas dos palabras cuando van juntas, Ciencia y Religión, están planteadas en esas seis preguntas.

Pues bien, hé aquí el resultado final y total en la encuesta británica: 660 respuestas han sido favorables a la concepción espiritualista y religiosa del hombre y del universo; y una minoría de 120 han sido desfavorables a esta concepción.

Estoy, pues plenamente autorizado para proclamar en mi país que la inmensa mayoría de los hombres de ciencia más conspicuos de Francia y de Inglaterra creen en la existencia de Dios y en la existencia, libertad e inmortalidad del alma humana, bases de toda religión.

He terminado el extracto de esta trascendental encuesta. No era posible transcribir su texto íntegro que ocupó cuarenta ediciones de "Le Fígaro".

¿He sido fiel al hacer este extracto? ¿He procedido con honradez en este modesto trabajo? O, llevándome de las inclinaciones naturales de mi espíritu, he sido acaso unilateral, tendencioso? ¿He ocultado, disimulado o mutilado las opiniones de algunos de los hombres de ciencia de la Academia de París, por parecerme poco favorables a la tesis de la armonía entre la Ciencia y la Religión?

De ninguna manera. Leídas por segunda y tercera vez las opiniones vertidas por los académicos, me siento autorizado de nuevo para repetir la declaración que hice al principio:

"La Academia de Ciencia de París, por la unanimidad de sus miembros, se pronuncia en contra de la incompatibilidad entre Ciencia y Religión. La inmensa mayoría

de ellos lo hacen por razones positivas; los demás por razones negativas; pero todos, absolutamente todos, desechan y condenan el Cientismo.

Por lo demás, mi juicio coincide en todas sus partes con la autorizada opinión que emite sobre la misma encuesta de "Le Fígaro", una de las revistas filosófico-científicas más prestigiosas de París: "Etudes".

Dice "Etudes" del 5 de julio, pág. 26:

"No se resumirá mai la encuesta de "Le Fígaro" diciendo que todos los miembros de la Academia de Ciencias se han pronunciado contra la oposición, largo tiempo sugerida y actualmente enseñada todavía en numerosas obras escolares, entre la Ciencia y Religión.

Este pretendido antagonismo es indefendible: ni una sola voz se ha levantado en su favor.

Al contrario, "la raíz" del error cientista, que "es la intromisión de los métodos y concepciones de la ciencia positiva en un dominio que sale de los límites de su competencia, ha sido puesta al desnudo en todas las respuestas".

Según el testimonio unánime de los sabios más calificados de nuestro país, Ciencia y Religión son, pues, al menos negativamente, compatibles".

---

He vertido al español estas páginas sublimes, embargado, lo confieso, por la más honda emoción.

Un sentimiento análogo habrá experimentado, y experimentará mañana toda persona culta y pensadora que las lea.

Ellas contienen el análisis del cientismo, del cual son el verdadero y definitivo proceso condenatorio.

Ningún error, ninguna ilusión, en la historia del pensamiento humano había causado destrozos morales comparables a los del cientismo.

El había borrado del Universo el nombre de su Autor; había extinguido en el



alma humana la idea de su propia existencia y de su inmortalidad; había confundido a la creatura humana con el resto de los seres vivientes, caducos, terrestres y efímeros; la había empequeñecido, y, no pocas veces, la había degradado.

La Academia de Ciencias de París ha vuelto a ceñir la frente del hombre con la corona de rey de la creación que la Religión universal le había colocado desde que existen el hombre y la historia.

Desde el fondo del alma me brota esta exclamación, que a nadie sorprenderá en mis labios: ¡honor, gloria y gratitud a la Academia de Ciencias de París!

¡Honor, gloria y gratitud a la memoria de su ilustre miembro, Mr. Robert de Flers, que, en vísperas de partir de este mundo, ha devuelto a la creatura humana, por medio de esta transcendental encuesta, su verdadera situación en el Universo y sus verdaderos títulos!

Hago los más fervientes votos por que este modesto trabajo de traducción y de breves comentarios con que he colaborado a los propósitos de Mr. de Flers, no pase inadvertido en nuestro país.

Nuestra querida Patria, como el resto del mundo, había sido víctima también del "cientismo universal" del siglo XIX.

Que este soplo de espiritualismo y de Metafísica religiosa que viene de la Academia de Ciencias de París provoque en nuestra enseñanza pública una reacción saludable, si es que ella todavía lo necesita.

Fijen en la memoria los cuerpos docentes de nuestras Universidades y de nuestros Liceos la frase de uno de los académicos: "El cientismo ha sido adoptado por la masa, largos años después que él había pasado de moda en sus centros de origen".

## Secretariado General de Prensa de la Acción Católica

Santiago - Casilla 114-D.

Publica hojas volantes, folletos y libros

Las organizaciones de la Acción Católica, especialmente las de la Arquidiócesis deben dirigirse a este Secretariado para pedir material de propaganda, el cual gustosamente se les facilitará.

Actualmente ofrece las siguientes publicaciones:

"¿Qué es la Acción Católica?", por Mons. G. Fuenzalida	\$ 0.60
"Cartilla de Acción Católica", por el P. Tomás Alarcón	0.30
"Nociones de Acción Católica", por Alfredo Silva	4.—
"Napoleón y el Cristianismo", por M. Soler	0.40
"Catálogo de publicaciones católicas en Chile"	0.40
"El Catolicismo ante los problemas sociales", por Guillermo Echeverría, Pbro.	0.40

Los interesantes libros sociales:

"La Cuestión Social", por Mons. Olgiati	\$ 3.50
"La Evolución del Trabajo", por Husslein	3.—
<b>Volantes.</b> —Serie de 5 volantes sobre los errores protestantes (van publicados ya los dos primeros), el mil	\$ 30.—

"Volantes Sociales" (diversas series), el mil ..... 15.—

Pronto aparecerá el

### ANUARIO DE LA ACCION CATOLICA

Publicación de 160 páginas, con hermosos grabados. Contiene los datos más importante de vida religiosa y Acción Católica.

Todo miembro de la Acción Católica no debe olvidar de comprar el ANUARIO.—Precio: \$ 1.—

### APARECIO:

la interesante obra del sociólogo italiano F. Olgiati:

### LA CUESTION SOCIAL

Precio: \$ 3.50

En todas las Librerías.



# La amplitud de la Redención

*Extracto de una lección dictada por el Pbro. D. Aníbal Carvajal en el Círculo de Estudios Religiosos.*

[Véase N.º 10, de Julio último]

El segundo punto de especial examen en el estudio del concepto de la Redención es el que se refiere a su amplitud.

Para tener de él un conocimiento cabal, conviene subdividirlo en tres partes: 1) La amplitud de la Redención en cuanto a la universalidad de los redimidos. 2) En cuanto a la totalidad de los pecados por ella satisfechos y 3) En cuanto a la suma de bienes que ella nos mereció.

I.—La universalidad de los redimidos. Para dilucidar con mayor claridad esta cuestión, afirmamos en general que Jesucristo murió por todos los hombres y para todos mereció las gracias por lo menos suficientes para que se salven. Así lo afirma S. Juan en su primera epístola, cap. 2, v. 2. **“El es víctima de propiciación por nuestros pecados, y no por los nuestros sólomente, sino por los de todo el mundo”** y S. Pablo en su primera epístola a Timoteo también lo confirma diciendo en el cap. 2. 5—6: **“Uno es, pues, Dios y mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre que se dió El mismo en redención por todos”**.

Esta afirmación general sin embargo, no tiene el mismo grado de certeza al referirse a las tres categorías de hombres, en que puede dividirse toda la humanidad.

1) La primera categoría es la de los fieles, es decir de los que profesan la fé cristiana, y respecto de ella decimos que es dogma de fé que Jesucristo murió por todos los fieles, aún aquellos que no se van a salvar. El Concilio Tridentino lo enseñó en la sesión VI, cap. 3 con estas palabras: **“Aunque Jesucristo murió por todos, no todos sin embargo recibirán el beneficio de**

**su muerte”**, porque no todos ponen de su parte lo que se necesita para recibir ese beneficio.

Por eso decimos en el credo de la misa: **“por nosotros los hombres y por nuestra salud descendió de los cielos y fué crucificado por nosotros”**.

Por lo demás el sólo hecho de que los fieles han recibido el don de la fé en el Bautismo, que nos viene de Cristo, es evidente que a todos los fieles nos ha querido conquistar para el cielo.

2) No se puede decir lo mismo de la segunda categoría, que la forman los infieles adultos que no han recibido el don de la fé.

Que también para ellos obtuvo gracias la redención, es verdad cierta y próxima a la fé, que se contiene en la cita de S. Juan ya leída.

No es sin embargo dogma de fé, porque, tratándose de infieles, que no tienen todavía el don de la fé, necesario para salvarse, la Iglesia no ha visto la promulgación de esta verdad tan claramente revelada, como la anterior. No por esto sin embargo hay que creer que sea inaccesible a nuestro conocimiento el camino por donde Jesucristo comunica sus gracias redentoras al crecidísimo número de infieles, que sin duda superan a los creyentes.

No es aventurado afirmar que la inmensa mayoría de los infieles están de buena fé en el error y que su ignorancia invencible de la verdadera moral, reduce muchas de sus obligaciones aún de los mandamientos de Dios, cuyas aplicaciones primarias suelen ser su único código de bien o mal obrar.

Por otra parte todos los que viven conforme a los dictados de Cristo de su con-



ciencia, aunque sea errónea, obran bien y aplicando aquel gran principio: "Al que pone lo que está en su parte, Dios no le niega su gracia" hay que convenir con Sto. Tomás en que por lo menos, en la hora de la muerte, a estos pagamos rectos, Dios los ilumina con las claridades de la fé, para que se salven. ¿Cuántos se salvarán así a toda hora? Sólo en la otra vida lo podremos saber.

3) La tercera categoría de la humanidad redimida por Cristo la forman el número sin duda muy crecido de los niños que mueren sin bautismo ya por causa de los padres ya por causas naturales, que no les permiten ni siquiera nacer. ¿Qué gracias redentoras reciben especialmente los que mueren en el seno de sus madres? Contestamos con el común pensar de los teólogos que las gracias de la redención para ellos no son absolutas, sino relativas, es decir, que la comunicación de esas gracias está subordinada a la libertad humana y a las leyes de la naturaleza inferior, de tal modo que Dios les concede la gracia del bautismo, siempre que no haya que violar la libertad humana o suspender milagrosamente las leyes naturales. No está Dios obligado por ejemplo a impedir la maldad de un aborto ni a hacer el milagro que se salve en un naufragio general, la mujer que está embarazada.

II.—La universalidad de los pecados redimidos. Expresamente dice S. Pablo en su epístola a Tito, cap. 2, v. 14: "Jesucristo se dió a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad" y S. Juan, epístola I<sup>a</sup>. cap. 1<sup>o</sup>. v. 7 también lo afirma con estas palabras: "La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado". Y todavía S. Pablo en su epístola a los Hebreos, cap. IX, v. 15, lo asegura de los pecados del antiguo Testamento que fueron objeto de la redención de Cristo.

Por lo demás si Cristo es redentor de todos los hombres, necesariamente debe

serlo de todos los pecados que pueden cometer los hombres.

Esta redención de los pecados es no sólo en cuanto a la culpa, sino también en cuanto a la pena. Satisfaciendo por nosotros Jesucristo, nos libra de la pena eterna, y como su satisfacción es de un valor infinito, nos puede librar también de toda pena temporal, siempre que nosotros nos apliquemos esa satisfacción infinita por medio de los Sacramentos, de la Santa Misa, de las indulgencias y demás obras y virtudes de vida cristiana.

### III.—La universalidad de los bienes merecidos por la Redención.

Al contraponer los perjuicios que nos acarreó el pecado del Paraíso, con las ventajas que nos trajo la Redención de Jesucristo, afirmamos con S. Pablo a los Romanos, cap. V. v. 20: "donde abundó el delito superabundó la gracia"

La Iglesia por otra parte canta el Sábado Santo, al celebrar el triunfo de Jesucristo sobre el pecado y la muerte: "¡Oh, feliz culpa que nos mereció tal Redentor".

Conforme a esta doctrina debemos confesar que los redimidos por Cristo estamos mejor que nuestros primeros padres en el Paraíso, antes del pecado.

Esta afirmación empero más parece una burla de nuestro mísero estado en este valle de lágrimas. ¿Hay en esto contradicción? En cuanto a los dones sobrenaturales, la gracia santificante y las virtudes infusas no hay duda de que no sólo hemos sido restablecido en el primitivo estado, sino de que por la intercesión de Jesucristo que continúa en el cielo, hay más gracias ahora que antes. La elevación de la naturaleza humana en Cristo en la unidad de la persona divina, acerca más la humanidad a Dios, que antes del pecado.

En cuanto a los dones preternaturales hay que convenir en que Jesucristo no



quiso restituírnos al primitivo estado, sino que nos dejó sujetos a la concupiscencia, a la ignorancia y a los dolores y la muerte. Pero su plan divino fué dejarnos estas miserias, para que, a pesar de ellas, con la virtud de su gracia pudiéramos elevarnos a las más altas cumbres de la perfección moral.

Y fijándonos bien, en estos propósitos de Jesucristo brilla soberanamente la excelencia y eficacia de su gracia divina: no sólo quiso salvarnos El, sino que nos elevó a cooperadores en nuestra salvación; no sólo satisfizo El por nosotros, sino que nos alcanzó que también uniéramos a la suya nuestra propia satisfacción, para que así la gloria del cielo merecida por El tuviera el carácter de merecida también por nosotros.

Mucha exaltación es levantar a un esclavo a la dignidad de rey; pero mucho mayor es darle fuerzas para que él mismo pueda escalar el solo, con sus propios esfuerzos.

Si los dones preternaturales nos hubieran sido devueltos, la consecución del cielo habría sido sino mayor dificultad, enteramente gratuita, sin mérito de nuestra parte; ahora en cambio es con grandes luchas, con duros vencimientos, con méritos propios en una palabra y nadie puede negar que es más noble y digna la felicidad, cuando no sólo es un don, un regalo preciadísimo, sino también un premio de justicia. Nunca los laureles del triunfa-

dor son más gloriosos que cuando han sido conquistados con su propia sangre.

Esta es nuestra condición actual: somos luchadores, débiles, enfermizos, miserables contra tres enemigos poderosos, el mundo, el demonio y la carne; pero revestido con la coraza de la gracia de Cristo por medio de sus Sacramentos principalmente, se puede repetir en cada uno de nosotros el triunfo espléndido de David sobre Goliath.

Ciertamente para los cobardes, pusilánimes y mezquinos que nos dejamos abatir por la adversidad y la lucha es mejor la condición de nuestros primeros padres, antes del pecado; pero para las almas generosas, ávidas de gloria y sobre todo ansiosas de amar e imitar a Jesucristo, de seguir de cerca como fieles discípulos al divino maestro, ningún programa de vida puede ser más glorioso que el que El mismo nos dejó trazado cuando dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tomé su cruz y sígame".

Si fuéramos al cielo y viéramos ocupados por incontables santos y bienaventurados las muchas mansiones que Jesucristo dijo que había en el reino de su Padre, y les preguntáramos a esos triunfadores si hubieran preferido en esta vida la bienandanza del Paraíso terrenal, de seguro que nos responderían en coro con las voces de la Iglesia militante: Oh, feliz culpa que nos trajo un Redentor que nos abrió el cielo y con su gracia superabundante nos convirtió en campeones para conquistar a nuestro albedrío estas cumbres soberanas de la eterna felicidad.



# El Índice de los libros prohibidos

Por J. Obernhumer, Dr. theol.

Una de las instituciones de la Iglesia más combatidas por sus adversarios, es sin duda el Índice. Masaryk, el presidente de la República checoslovaca, escribió a este respecto hace algunos años: "Para una persona instruída es imposible conciliar estas dos ideas: la pertenencia a la Iglesia católica y la verdadera libertad política y social del hombre. Toda esta cuestión del Índice no es sino la prueba de un estado de espíritu policial, inquisitorial, anti intelectual."

Tal opinión no extraña en individuos incrédulos y hasta hay quienes se dicen católicos y que sin embargo demuestran una aversión bien marcada hacia el Índice. A continuación consideraremos los móviles de la Iglesia y del espíritu que la anima al mantener el consabido registro de los libros cuya lectura está prohibida a los fieles o por lo menos sujeta a un permiso especial de parte de la autoridad eclesiástica.

La misma ley natural prohíbe la lectura de un libro que podría significar un peligro para la fé o para la moral. La extensión y la gravedad de esta prohibición depende del mayor o menor peligro que en cada caso encierra la obra censurada. No existiendo tal peligro, nada hay que objetar contra la lectura de un libro, desde el punto de vista de la ley natural. Puede suceder también que para una persona sea prohibido lo que no lo es para otra, pues puede existir un peligro para la primera frente el cual esté inmune la segunda. Pero hay muchos libros que representan un peligro real para todos o por lo menos para la inmensa mayoría. El individuo de por sí no está tampoco siempre en situación de discernir el peligro existente. Hay que evitar en lo posible que el hombre caiga en tentación y que sea expuesto a pecar. Y este justamente es el es-

píritu de la Iglesia al legislar sobre la materia que al presente nos ocupa. Tiene ella por fin conducir a los hombres a la eterna bienaventuranza, está ella instituída por Cristo para velar por la pureza de la fé y por la integridad de las costumbres. Tiene ella el derecho y el deber de apartar de la grey confiada a sus cuidados todo lo que pudiera desviarla de su fin último y de quitar de su camino lo que pudiera dañar a las almas. Libros, contrarios a la fé y a la moral significan indudablemente un riesgo gravísimo en este sentido. No cabe duda que la Iglesia tiene el derecho y hasta el deber de vigilar las publicaciones y de prohibir lo que estime peligroso. Y de este derecho ha hecho uso desde los tiempos más remotos. Los antiguos concilios prohibieron ya bajo pena de excomunión la lectura, la posesión y la reproducción (copia) de los escritos de los herejes. Al ejemplo de los cristianos de Efeso (Act. Ap. 19) se acostumbraba quemar antes de la invención de la imprenta tales libros y esto conforme al derecho tanto civil como eclesiástico. La asamblea nacional de Worms dispuso la quema de los escritos de Lutero. Conforme al canon 1384 párrafo 1 del nuevo Codex juris canonici se reserva la Iglesia el derecho de prohibir por justos motivos libros, sea quien sea su autor. La ley eclesiástica, correspondiendo a su objetivo, se adelanta a la misma ley natural. La prohibición de la Iglesia no se basa siempre tan sólo en un peligro que en cierto caso podría producirse, sino en la presunción de un peligro que en general hay que evitar. De este modo no le es permitido a nadie leer un libro prohibido por la Iglesia, aunque individualmente no ofrezca para él ningún peligro.

El Índice contiene dos clases de disposiciones. Ciertos libros se condenan en par-



ticular, colocándolos en dicho registro y hay además reglas generales, que prohíben en general ciertas categorías de libros.

El "Índice de los libros prohibidos" re-dactado por León XIII fué revisado y completado bajo Benedicto XV. En el curso de los tiempos se eliminó muchos autores antiguos, pero a la sazón figuran en él todavía unos 6.000 títulos, entre ellos más o menos 1.300 del siglo pasado y 150 del actual. El Índice sin embargo no pretende ser un registro minucioso y completo de todos los libros que como cristianos no debemos leer, ni siquiera de los más perversos y peligrosos, como lo fué la Edición del Tridentino. En la actualidad se producen libros en tanta cantidad, que sería imposible que la autoridad eclesiástica quisiera revisar siquiera una determinada parte de ellos. Esto tampoco es necesario, ya que en muchos casos la misma conciencia y la prohibición en general hablan con bastante claridad. La prohibición particular depende muchas veces de circunstancias particulares, como ser un denuncia, etc. En nuestros tiempos la Iglesia se limita a prohibir en particular casi sólo libros escritos por católicos y que versan sobre temas teológicos o eclesiásticos. Obras que luchan abiertamente contra nuestra religión están prohibidos ipso facto. Lo mismo vale decir de todos los escritos pornográficos.

A continuación indicaremos algunos de los autores cuyas obras están condenadas por el Índice.

Teólogos: Jansenius, Lammenais, Ma-lebranche, Froschammer, Hermes, Guenter, Rosmini, Reinkens, Schell, etc. Filósofos: Descarte, Hume, Locke, Spinoza, Voltaire, Kant, Renán, Rousseau, Strauss, Bergson. Historiadores: Gregorovius, Ranke. Entre los literatos encontramos muchos nombres franceses, así: Balzac (todas las novelas de amor), Dumas (padre e hijo — todas las novelas amorosas), Flaubert (Madame Bovary), Zola (todas las obras),

Maeterlinck (todas las obras). De los autores italianos mencionaremos a Gabriel D'Anunzio y Fogazzaro. De los poetas alemanes sólo encontramos los nombres de Enrique Heine y Nicolás Lenau.

Ninguno de los clásicos ha sido puesto en el Índice. Pero esto no quiere decir que ciertas obra clásicas no esten prohibidas conforme a las reglas generales del mismo. De algunos autores, como hemos visto, (Zola y Maeterlinck) están prohibidas todas las obras, aún las póstumas, pero es probable que el espíritu ha sido vetar sólo aquellas que van en contra de la religión o de la moral.

¿Qué es lo que se desprende de la condenación de un libro? En el fondo no significa ella ninguna sentencia contra las ideas propias del que lo escribió ni de su modo de pensar. Se condena sólo el libro tal cual y no se puede considerar la condenación desde luego como un reproche contra su autor.

La autoridad Eclesiástica se fija única y exclusivamente en los hechos, tal cual estos se presentan y por esto no tiene porqué pedir o aceptar explicaciones del autor a fin de establecer el sentido que este haya querido dar a sus frases. Que un libro se halle en el Índice no quiere decir todavía que contenga errores; esta medida se toma igualmente contra los libros cuyo tema aún no es oportuno o por ser "ofensivos para oídos piadosos".

Siendo el error algo tan humano, se le puede ocurrir hasta al autor más católico, al más sumiso a las doctrinas de la Iglesia. Hasta en los escritos de los más grandes genios del Cristianismo, como San Agustín y Santo Tomás de Aquino se hallan opiniones erradas y si hojeamos el Índice, encontraremos nombre que gozan de merecida fama dentro de la Iglesia. Así por ejemplo: G. Bossuet, Fenelon, Nieremberg, Veith, Prohászka, Battifol y otros. En lo demás, la sentencia condenatoria de un libro no es infalible ni inamovible. Por la aprobación de parte del San-



to Padre la definición de la Congregación Romana no se convierte aún en dogma.

En el año 1616 fué puesto en el Índice la famosa obra de Copernico: "De revolutionibus caelestibus" mientras no fuera corregida. El decreto respectivo, provisto de una simple autorización del Papa Pablo V, señala la opinión de Copérnico como "Falsa doctrina Pythagórica divinae scripturae omnino adversans". El nuevo sistema del famoso canónigo no fué objetado en un principio por las autoridades de la Iglesia, mientras Lutero, Melancthon y otros reformadores lo combatieron desde luego tenazmente por "contrariar las Escrituras Sagradas". Recién la imprudente defensa que hizo de él Galileo y que efectivamente afectaba el prestigio de las Escrituras, motivó su inclusión en el Índice. Las pruebas aducidas por Galileo en favor del sistema de Copérnico no eran de ningún modo decisivas, pero él defendió aquello que antes había aceptado únicamente como hipótesis, como verdad comprobada. Sus disertaciones sobre las relaciones entre las ciencias naturales y las Sagrada Escritura, en la forma que él las desarrollaba eran en aquellos instantes peligrosas e inconvenientes, debido al "derecho" que los mismos reformadores habían concedido a todo el mundo de interpretar a su antojo la Santa Biblia, siendo esto mismo una de las principales causas de la rápida extensión de la herejía en Alemania. No obstante las advertencias de parte de las autoridades para buscar más bien las explicaciones naturales, Galileo compuso un nuevo tratado sobre las relaciones entre Teología y ciencias, en el cual volvió a repetir sus anteriores afirmaciones. Fué la porfía y el imprudente celo de Galileo, lo que finalmente provocaron la prohibición de las obras de Copérnico. En las ediciones del Índice de 1624 a 1754 figura una prohibición general de todos los escritos que defienden el nuevo sistema. Parece sin embargo que es rigidez y muy en especial quedaron los asta prohibición no fué aplicada con mucha

trónomos siempre en plena libertad para investigar sobre el sistema de Copérnico. En la edición del Índice de 1835 quedó eliminada la obra del sabio canónigo, habiendo ya antes todas las instituciones católicas aceptado el nuevo sistema.

---

Sería un gravísimo error pensar que únicamente los libros expresamente puestos en el Índice son prohibidos. **La parte más importante del mismo lo forman hoy en día las reglas generales**, cuya importancia prima cada vez más sobre la lista especial. El nuevo Código establece según el Canon 1399 doce reglas, por las cuales se prohíben principalmente los siguientes libros y publicaciones:

Ediciones del texto original de las Sagradas Escrituras, las antiguas ediciones católicas de las mismas, como igualmente todas sus traducciones a idiomas vivos, hechas por no católicos.

Libros de todos los autores que defiendan el cisma o la herejía y que tratan de socavar las mismas bases de nuestra religión. A estas bases pertenece por ejemplo la existencia de Dios, la espiritualidad e inmortalidad del alma humana, etc. Están por consiguiente prohibidos los libros que defienden el agnosticismo, escepticismo, materialismo, panteísmo, etc.

Libros que atacan tendenciosamente la Religión y las buenas costumbres. Libros que en gran parte son antireligiosos o inmorales.

Libros de no-católicos que traten ex profeso de religión, dogma, Sagradas Escrituras, Derecho Canónigo, historia eclesiástica, moral, liturgia, a no ser que conste que nada contengan contra la Religión Católica. Libros que sólo de paso tocan tales puntos no caen bajo este párrafo.

Libros que combaten el Dogma Católico o de él se burlan, que defienden errores condenados por la Santa Sede, que denigran el culto católico, que tratan de



socavar la disciplina eclesiástica que se mofan de la Jerarquía de la Iglesia, de los sacerdotes y de los religiosos.

Libros que recomiendan prácticas supersticiosas: la magia, la suerte, el sortilegio, la conjuración de espíritus (todos los libros espiritistas).

Libros que hacen aparecer como lícitos el duelo, el suicidio, el divorcio, etc. Además todos aquellos que señalan como lícitas, instituciones como la masonería, que afirman que ellas son útiles y que no ofrecen peligros para la Iglesia y para el Estado.

Libros que ex-profeso cuentan o enseñan cosas obscenas. Deben incluirse en este capítulo numerosas novelas y revistas, pero naturalmente no las obras de medicina o teología moral que en forma seria y adecuada tratan dichos problemas.

Para libros y publicaciones que se refieren a la moral y a la religión, la Iglesia se reserva la censura previa y la autorización para su impresión. (Canon 1385). Sin embargo, los libros que carecen de este requisito no son por esto todavía prohibidos, a no ser que existen otros motivos en su contra. La "Historia de Cristo" de Papini, por ejemplo, no lleva ni en su original italiano, ni en sus traducciones la licencia de las autoridades eclesiásticas, sin embargo, conforme al párrafo primero del citado Canon 1385, dicha licencia es ineludible para una biografía del Señor.

Existen, por otra parte, libros, que ya son prohibidos por el simple hecho de carecer de la mencionada autorización: Las Sagradas Escrituras o comentarios sobre ellas. Libros que tratan de la Biblia, de la Teología, historia eclesiástica, derecho canónico, ética, moral, etc. Además todos los devocionarios, libros de misa, libros de instrucciones religiosas, morales, místicas, ascéticas y en general obras que son de interés para la Religión y la moral. También las traducciones de la Biblia a idiomas vulgares que están aprobadas por la Santa Sede o editadas bajo el control de Obispos que no llevan anotaciones. El Ca-

non 1399 prescribe la autorización para libros y folletos que tratan de apariciones, visiones, revelaciones, milagros, profecías, nuevas devociones.

Como se ve, las reglas generales sobre prohibición de libros son muy amplias. Por ellas se prohíbe la lectura de muchos libros que no figuran en el Índice. Hay que advertir que esta prohibición se extiende también conforme al párrafo 2 del Canon 1384 a periódicos y revistas, siempre que no exista ninguna disposición contraria. Por consiguiente, está prohibida la publicación de diarios y revistas, a los cuales es aplicable el Canon 1399. El diario significa muchas veces un peligro mayor que el libro, y muchas personas que raras veces abren un libro para leerlo, son asiduos lectores de los diarios. Y cuántos diarios no envenenan diariamente el ambiente político, la sociedad, los hogares. A esta categoría pertenecen también aquellas publicaciones "neutrales" que no dejan pasar ninguna oportunidad sin denigrar y zaherir solapadamente a la Iglesia y sus doctrinas e instituciones.

---

Hallándose un libro en el Índice, su prohibición es indiscutible. Pero ¿cómo distinguiremos cuando un libro, que no figura en el Índice, está afectado por las reglas generales? ¿Quién decidirá si en determinados casos son éstas aplicables o no? La aplicación práctica presenta a veces no pocas dificultades. Elaborar un registro siquiera de las obras más importantes afectadas, es cosa poco menos que imposible, dada la diversidad de los criterios. Además no tendría tal registro nunca ningún carácter obligatorio, mientras no proceda de las autoridades eclesiásticas. En lo general debe ser el mismo lector concienzudo quien sobre la base de dichas reglas determine si la lectura de un libro es lícita o no. Un libro desconocido se puede leer hasta donde sea necesario para formarse un idea cabal sobre su con-



tenido. Quien no se sienta capaz de hacerlo, debe consultar a un sacerdote, o en su defecto a una persona competente y de recto criterio. Como consejero está indicado en primer término el confesor quien, además, conoce ya suficientemente el carácter de su penitente y la conveniencia o inconveniencia de tal o cual lectura para el mismo.

En muchos casos bastará el nombre del autor o de la casa editorial para orientarse. También puede considerarse prohibido un libro, si otro, de parecida índole figura en el Índice especial. En general, y como ya lo dijimos, debe ser el mismo individuo, quien decida conforme a su propia conciencia, la que se debe orientar según los principios de la moral cristiana. Si, después de amplias diligencias y consultas, no se han podido solucionar las dudas, queda siempre el camino de la probabilidad. Habiendo motivos importantes, para considerar lícita la lectura de un libro, puede procederse a ella, aunque hubiera otros tantos motivos en contra. En tal caso "lex dubia non obligat" (la ley dudosa no obliga).

¿Cuáles son las consecuencias de la prohibición?

Un libro, prohibido conforme a las reglas generales no debe editarse, no se debe leer, ni guardar, ni vender; no debe ser traducido a otros idiomas, ni ser comunicado de modo alguno a otros. (Can. 1398 párraf. 1). Pero sobre todo está prohibida la lectura y esta prohibición se extiende a toda la obra y no sólo a aquellas partes que en particular sean contrarias al dogma o a la moral. Ordinariamente un libro está dominado de un mismo espíritu en todas sus partes, pero aunque una u otra parte fuera irreprochable, existiría siempre el peligro de que la lectura de dichas partes indujera también a leer las inconvenientes. Está prohibido también guardar libros prohibidos, y quien posea alguno, debe solicitar permiso para retenerlo, o entregarlo a una perso-

na que tuviere tal permiso, o destruirlo o entregarlo a su Obispo.

Los moralistas se ocupan de la gravedad de la obligación que impone la prohibición de libros. Esta es, sin duda, en general grave, aunque admite parvedad de materia. Hay también casos en que la trasgresión sólo significa pecado venial; esto, por ejemplo, en el caso que un libro nada contenga ni contra la fé ni contra las buenas costumbres, pero que carezca tan sólo de las debidas licencias. Tomando en cuenta el inmenso mal que causa en nuestros tiempos en tantas almas la lectura de libros contrarios a la fe y a la moral, fácilmente se comprende la importancia y la gravedad del Índice y de sus reglas. Si en cada caso la lectura de un libro afectado es pecado mortal o no, esto depende en primer término de la conciencia de cada cual, pero en general se puede decir que hay gravedad cuando uno lee una parte notable de tal libro, siendo este último concepto algo relativo, pues, tratándose de pocas páginas, pero que contienen graves errores o ataques a la fé y a la moral, la lectura de estas pocas páginas pueden ser ya materia de gravedad.

La Iglesia ha establecido castigos para la trasgresión de las disposiciones del Índice, y respecto a este punto existen muchas veces opiniones erradas. Hay quienes creen que la simple lectura de un libro puesto en el Índice, significa ya la excomunión. No es así: hay libros que sólo están prohibidos bajo pecado pero no bajo excomunión. El nuevo Derecho Canónico conoce dos clases de censura o excomunión para los trasgresores de las disposiciones del Índice: una, especialmente reservada a la Santa Sede, y otra no reservada en ninguna forma. Objetos de la excomunión reservada a la Santa Sede son, según el Canon 2318 art. 1, los libros escritos por apóstatas, herejes y cismáticos que defienden la apostasía, la herejía y el cisma; además los libros prohibidos por medio de un Motu Proprio, Encíclica, bula o breve, lo que sólo sucede rarísimas ve-



ces. Conforme al Canon citado, incurren en la comunión, los editores, los que defiendan estos libros y los que a sabienda los lean y guarden.

Actualmente los libros se colocan en el Indice por medio de un decreto de la Congregación del Santo Oficio. Libros así prohibidos no caen bajo la excomunión, a no ser que concurren las disposiciones ya mencionadas del Canon 2318 art. 1. Pero dicho canon habla solamente de libros y, no siendo aplicable el canon 1384, no está prohibida la lectura de revistas, diarios, folletos, etc., bajo la excomunión, pero sí, bajo pecado. La excomunión está, por consiguiente, limitada a un núcleo relativamente pequeño de libros.

Excentos de la observancia de las disposiciones del Indice están los cardenales, los obispos y demás ordinarios. Según el Canon 1400 está permitido para aquellos que se dedican en una u otra forma a estudios teológicos y bíblicos la lectura de antiguos textos de las traducciones católicas, publicadas por no-católicos (Canon 1399 art. 1) y de ediciones de la Sagrada Escritura en idioma vulgar, aunque no correspondan al Canon 1391. Todo a condición de que estos libros sean reproducciones fieles y completas y que ni en su prólogo, ni en sus anotaciones combatan dogmas católicos. Fuera de estas excepciones, ya previstas por el mismo Derecho Canónico, debe solicitarse el permiso de la competente autoridad eclesiástica, antes de leer un libro prohibido.

Dar este permiso corresponde en primer término a la Santa Sede. La concesión de dispensas toca a la Congregación del Santo Oficio (Canon 247., art. 4). Los Obispos y demás ordinarios pueden dar este permiso sólo para determinados libros y en casos urgentes (Canon 1402, art. 1). El artículo 2 del mismo Canon dice que los ordinarios que hayan obtenido de la Sede Apostólica poder general para permitir a sus feligreses la lectura y la posesión de libros prohibidos, sólo deben conceder este permiso por motivos justos y razona-

bles. De todo esto se desprende que la Iglesia desea restringir lo más posible el uso de libros prohibidos. El confesor, ino facto, no puede disponer por sí de las reglas del Indice; únicamente puede decidir si en uno u otro caso esta ley no obliga. Para clérigos, profesores de Religión, así como también para seglares, como profesores, escritores, etc., es muy a menudo la dispensa indispensable, pero principalmente se la concede con fines de estudio. Para clérigos, profesores de Religión, así como también para seglares, como profesores, escritores, etc., es muy a menudo la dispensa indispensable, pero principalmente se la concede con fines de estudio.

La prohibición de libros es una ley eclesiástica, positiva. De una ley positiva, sin embargo dispensa en último caso una imposibilidad física o moral, verbi gracia: un grave perjuicio. Conforme a los principios morales generales uno puede considerarse dispensado de la ley en determinados casos, si es imposible o sumamente difícil conseguir el permiso correspondiente. Se estima en la actualidad que sin recurrir a un permiso especial, puede imponerse uno de lo que dice un diario anticatólico.

La regla suprema es siempre la ley natural y la conciencia. Lo principal es la salvación del alma. Al darse uno cuenta que la lectura de un libro significa un peligro moral o de fé, no debe leerlo aunque no esté prohibido o que tenga permiso para leerlo.

Hay todavía quienes opinan que a fuerza de la costumbre el Indice ha perdido su importancia y su obligación en determinados países. Esto es insostenible, desde la publicación del nuevo Derecho Canónico.

El Indice, hoy por hoy, es una disposición necesaria y oportuna, ya que por la hoja impresa, por el libro, por la revista, se filtra con la mayor facilidad y frecuencia el veneno en las almas del pueblo. Quien sin los motivos y precauciones necesarias se dedica a la lectura peligrosa, se penetrará paulatinamente de sus errores y será así causante de su propia perdición. El Indice no debe estar escrito tan



sólo en el Código, sino ante todo en los corazones y en las conciencias.

Por otra parte, en todos los tiempos los Estados prohibieron y prohíben publicaciones que consideran peligrosas para el orden y para su tranquilidad interior, sin tomar en cuenta el valor literario o científico. Los primeros Indices de libros prohibidos fueron publicados por príncipes seculares y los gobiernos protestantes siempre hicieron uso amplio de este medio de control.

Todos los católicos deberían celebrar esta vigilancia que ejerce la Iglesia. Corría el año de gracia de 1699 cuando el día de la Anunciación de la Sma. Virgen el famoso Obispo francés Fenelón recibió la noticia de la condenación de 23 pasajes de su obra "Sobre los principios de los Santos". Subió inmediatamente al púlpito y con toda humildad leyó dichos pasajes y declaró públicamente su sumisión a la decisión de la Iglesia. Un bello ejemplo y una gran enseñanza para todos nosotros.

## NOTICIAS RELIGIOSAS

**INDIA.**— Según el informe anual N.º 89 de la Escuela Superior de Santa Teresa de Bombay — lo que quiere decir que por lo menos esta escuela tiene cerca de un siglo de existencia — el número de niñas matriculadas ha aumentado de 780 a 888; obligando a sus directores a ensanchar el establecimiento y a dejarlo con capacidad para mil alumnas.

La última distribución de premios, presidida por Lady Sykes, esposa del gobernador británico, tuvo lugar en en la sala de la Opera, el 29 de abril último. Se dan los nombres de algunas alumnas premiadas: Miss Berta Mendoca, Miss Barthuram Brat, Miss Keshoe Khotare, Miss Olinda Lobo han obtenido, respectivamente, los premios de inglés, matemáticas, ensayos literarios y pintura artística.

El capellán y profesor de religión del establecimiento, un religioso sobre cuya Orden y nacionalidad no hay información, tiene un hombre que seguramente llamará la atención: se llama Fray Remedios.

cuela de San Blas, el Director, P. Eduardo Fernández, suministra los siguientes interesantes detalles: la Escuela principió con 82 alumnos, ahora tiene 207. Se ha iniciado ya el 5.º año; se hacen esfuerzos para que en un futuro próximo la Escuela sea elevada a la categoría de Escuela Superior.

**BANGALORE.**— Un convento Carmelita, el segundo de la India, ha sido abierto en Bangalore en enero pasado, con la base de cinco religiosas carmelitas llegadas de Francia. El 19 de marzo, fiesta de San José, el Delegado Apostólico, S. E. el Arzobispo Kierkels, asistió a la inauguración formal del claustro del nuevo convento.

**NAGPUR.**— La Escuela Superior de San Francisco de Sales tiene 400 alumnos. Es prácticamente el máximo de su capacidad.

**ANDHERI.**— Con ocasión de la distribución anual de premios de la Es-

**DINAJPUR.**— Aunque comenzado tan sólo hace un año, el trabajo entre las



castas Dinajpur, en el área de Bengala, realizado por misioneros de Milán, se ha extendido ya a 30 aldeas. El bautismo ha sido administrado a 630 nuevos convertidos, y hay otros 150 que reciben instrucción.

El significado de este progreso sólo puede apreciarse debidamente si se toman en cuenta los obstáculos que encuentra esta labor misionera. Los hindúes tienen miedo terrible al diablo y temen que si lo abandonan él se vengará matándoles sus hijos, a los cuales aman tiernamente.

Por otra parte, la religión católica prohíbe el divorcio, la poligamia, la venganza y otros vicios, los cuales aunque no son aquí muy comunes, se adquieren fácilmente porque no se consideran deshonorosos; abolirlos causaría una gran perturbación. El culto a los antepasados a quienes temen disgustar si abrazan otra religión, es un obstáculo considerable, como también el oprobio que cae sobre ellos cuando son expulsados de su casta, y considerados por este motivo como muertos por sus parientes.

Aparte de esto, hay mucha oposición de parte de los propietarios de la tierra, de los prestamistas de las altas castas hindúes, de los mahometanos, los cuales saben muy bien que el que se ha hecho cristiano una vez no vuelve jamás atrás. Por esa razón ellos calumnian a los convertidos, les inician procesos y los boicotean en cada oportunidad. Hay también una cierta dosis de propaganda hostil hecha por mercenarios que emplean toda clase de manoseadas y estúpidas invenciones.

diez años comprendidos entre 1922 y 1932.

Católicos . . . . .	5,844	—	18,000
Sacerdotes . . . . .	6	—	62
Hermanos cristianos irlandeses . . . . .	0	—	80
Hermanos cristianos laicos . . . . .	0	—	16
Monjas . . . . .	17	—	33
Catequistas . . . . .	48	—	160
Centros cristianos . . . . .	93	—	298
Capillas . . . . .	26	—	139
Colegios y escuelas superiores . . . . .	2	—	4
Escuelas primarias . . . . .	31	—	160
Maestros y profesores no comprendidos los hermanos cristianos . . . . .	47	—	122
Alumnos . . . . .	47	—	122
Confesiones: 500,000 en los 10 años.			
Comuniones: 1,500,000 en los 10 años.			

**PARIS.**—El Cardenal Verdier, Arzobispo de París, ha ordenado que un Tribunal Eclesiástico examine la causa de beatificación de Guy de Fontgaland, de 11 años de edad, fallecido en París en 1925.

Peticiones que llevan 650 mil firmas han sido enviadas a la Santa Sede con la aprobación de los Obispos, pidiendo la beatificación del niño. Entre ellas van las firmas de 10 Arzobispos, 39 Obispos y 500 sacerdotes del Brasil durante las ceremonias de la inauguración de la estatua de Cristo Redentor en Río Janeiro en octubre de 1931.

“La confianza de los fieles en la poderosa intervención de Guy de Fontgaland, es estimulada por numerosas vocaciones y conversiones”, dice el Cardenal Verdier.

Más de 25 mil cartas han sido

**ASSAM.**— Las siguientes cifras marcan el progreso en todo sentido de la misión salesiana de Assam durante los



recibidas por los padres del niño, de gente de todas las clases sociales y de todos los países del mundo, en que los autores afirman su devoción a él. Se han publicado ya 25 biografías de Guy, en veinte idiomas diferentes.

---

**POLONIA.** — Tres días de ejercicios espirituales por radio para inválidos y enfermos es la última novedad de la Polish Broadcasting Company. El retiro, organizado por el Apostolado del Enfermo, fué seguido por miles de inválidos y enfermos, y según cartas del Apostolado, por otro tantos que no lo eran.

---

**ESTADOS UNIDOS.** — El 20 de mayo último, William Shepherd Benson, Almirante en retiro de la escuadra norteamericana, falleció en Washington.

El Almirante había entrado a la Academia Naval en 1873, y durante 47 años sirvió a su país con distinción. Durante la guerra mundial, ocupó la más alta situación como jefe de las operaciones navales, y al término de ella fué a París para actuar como jefe naval consultor de la Comisión de Paz americana. El Congreso Nacional le otorgó la medalla de servicios distinguidos; la Gran Bretaña le confirió la Gran Cruz de la Orden de San Miguel y de San Jorge, y la Francia, la Gran Cruz de la Legión de Honor.

Activo como fué en el cumplimiento de sus deberes profesionales, desde el momento en que fué recibido en la Iglesia cuando era un joven guardiamarina, el Almirante Benson fué un ejemplar espléndido de católico laico inteligente y celoso. Nunca hizo ostentación de su religión, pero la vivió siempre, y cada vez que fué preciso supo defenderla.

Por sus grandes servicios a la causa católica, cuyos pormenores se omiten en esta información, honores le fueron concedidos desde Roma como reconocimiento de su catolicismo militante. Fué hecho Caballero de San Gregorio el Grande por Benedicto XV, y Pío XI le confirió la Orden de los Caballeros de Malta.

Una misa solemne celebrada en la Catedral de San Francisco de California por Fray John J. Brady, Capellán Mayor de la flota americana del Pacífico, reunió a 5 mil oficiales y marineros de la flota que estaba anclada en la bahía.

---

**ALEMANIA.** — Una laudable costumbre se ha establecido en numerosas parroquias alemanas en los últimos años, que ha alcanzado ya una verdadera popularidad. Es la celebración del quincuagésimo aniversario de la primera comunión. La observancia de esta práctica comenzó en los primeros años que siguieron a la guerra, cuando en muchas parroquias no había niños que pudieran formar un grupo o clase de primera comunión. La práctica de este jubileo ha continuado y ahora muchos de los viejos feligreses celebran sus cincuenta años de vida eucarística junto con los niños que hacen su primera comunión. El jubileo de comunión es precedido de una confesión general.

La Corte de primera instancia de Berlín ha sentenciado en favor del Obispo de Ratisbona en un proceso iniciado contra él por el General Lüdendorf, como resultado de una referencia a él hecha por el Obispo en su Pastoral de Cuaresma.

La Corte reconoce y declara que el Obispo ha estado en su derecho al prevenir a su grey contra los escritos anticristianos del General y de su mujer.



**LOURDES.** — La señorita Angela Rimpot, de Fougères, Francia, se trasladó a Lourdes el 15 de junio de 1931, atacada de mal de Pott, o sea tuberculosis de la columna vertebral, y en estado de absoluta inmovilidad. Cuatro días más tarde se sintió mejor, y al regresar a Fougères el médico la encontró sana. Ahora está haciendo su vida normal.

El caso ha sido registrado por la oficina oficial de Constataciones de Lourdes.

**SUD AFRICA.**—La hermana María Sofía, una novicia de color, del Vicariato de Orange River, Sud Africa, que sufría de tuberculosis que le iba disminuyendo su peso y sus fuerzas desde hacía un año, experimentó una notable e instantánea mejoría el día que hizo sus votos solemnes en el que debió ser su lecho de muerte. Aunque ella había recibido los sacramentos y habían principiado las oraciones de los moribundos, la enferma después de hacer su profesión religiosa ante el Vicario Apostólico, se sintió capaz de levantarse en la cama casi inmediatamente. Al día siguiente ya no sentía dolor alguno, ni había rastro de su enfermedad. Al día subsiguiente reanudó sus clases en la escuela de la misión.

La hermana María Sofía es miembro de la Comunidad de Oblatas de San Francisco de Sales. Cuando cayó enferma el año pasado el médico diagnosticó un caso de tuberculosis avanzado y una miocarditis, o degeneración del corazón. Fué enviada inmediatamente a un lugar de descanso, pero sus fuerzas declinaron rápidamente. Durante largos años ella había estado esperando con ansias el día en que había de recibir el hábito religioso.

**SHANGAY.** — El concubinaje y la bigamia, que han sido siempre los mayores obstáculos para la difusión de la religión católica en China, han sido condenados por la ley. Cualquier culpable del delito de concubinaje o bigamia puede ser denunciado ante los tribunales de justicia, y la Corte de Apelaciones del primer distrito de Shangay ha pronunciado ya sentencias condenatorias en casos de bigamia. La nueva reforma facilitará de una manera extraordinaria el trabajo de los misioneros católicos y los frutos de sus esfuerzos.

**AUKLAND (Nueva Zelandia).** — A la avanzada edad de 92 años, el Dr. Redwood, Arzobispo de Wellington, concurrió a las deliberaciones del Congreso Eucarístico Internacional de Dublin, después de una navegación de más de 20 días. Nacido en 1839, fué ordenado sacerdote a la edad de 26 años. Fué consagrado Obispo en 1874 por el Cardenal Manning, en Londres.

Asistió al Congreso Eucarístico de Amsterdam en 1924 y al de Chicago en 1926. Además de ser el primer Arzobispo de Wellington y el primer Metropolitano de Nueva Zelandia, el Dr. Redwood, es, después del fallecimiento de Monseñor Crescente Errázuriz, Arzobispo de Santiago de Chile, el Obispo más anciano de todo el mundo.

**ROMA.** — Los miembros de la peregrinación holandesa recibieron un elocuente homenaje de S. S. Pío XI cuando él alabó a su país por su labor misionera.

‘Es realmente admirable, dijo el Papa, lo que Holanda está haciendo por las misiones. Es un país peque-



ño en extensión geográfica y los católicos son una minoría; pero es un país maravillosamente grande si se considera el número de vocaciones misioneras que suministra y los diversas y generosas formas cómo presta asistencia a los apóstoles de Cristo”

Los católicos de Holanda pueden estar orgullosos del elogio del Santo Padre. Las estadísticas hablan eloquentemente de la vitalidad misionera de ese país en que los católicos forman tan sólo el 36% de una población total de 10 millones. En los territorios que dependen de la Congregación de Propaganda hay 2,503 misioneros holandeses. Holanda figura en el 5.º lugar entre todos los países del mundo como contribuyente en dinero para la propaganda de la fé, viniendo después de Estados Unidos, Italia, Francia y Bélgica.

**INGLATERRA.** — En el mitin anual de la Liga de Demostración Católica de Southwark, el P. F. Woodlock, de la Compañía de Jesús, afirmó que sólo el 7 1/2 por ciento de los habitantes de Londres frecuentan alguna igle-

sia, o sea, 600 mil entre ocho millones.

“Aunque no es fácil ser un ateo convencido, continuó el Padre, la mediocridad intelectual de la presente generación tiende a producir un enorme número de agnósticos.

Algunos sienten la necesidad de una religión.

Un juez de la Alta Corte de Justicia de los Estados Unidos había dicho: “Yo creo que en cincuenta años los Estados Unidos serán un país católico romano”.

En efecto, prosiguió el P. Woodlock, hoy por hoy sólo la Iglesia Católica avanza y crece; todas las demás se derrumban”.

Hasta ahí el P. Woodlock.

De 1,347 convertidos en la diócesis de Westminster tan sólo 90 habían pertenecido previamente a alguna secta protestante. Comentando estas cifras, un diario de Londres dice: “Esto prueba que los paganos en este país no habían sido tocados casi por el protestantismo, la religión nacional, y que esperaban para ser tocados, la vuelta del viejo catolicismo, expulsado y perseguido durante cuatro siglos; pero que en el siglo XX está tomando, al parecer, una revancha”.

